LIBRADO EZGUIEURA

El preferido y los cenicientos

DRAMA VULGAR Ó ESCENAS DE FAMILIA

en un prólogo y dos actos



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1908

25

EL PREFERIDO Y LOS CENICIENTOS

EL PREFERIDO Y LOS CENICIENTOS

DRAMA VULGAR Ó ESCENAS DE FAMILIA

en un prólogo y dos actos

POR

LIBRADO EZGUIEURA

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL el 2 de Febrero de 1908



MADRID
R. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1908

Personajes del prólogo

RAFAELA, cincuenta y tantos años, labradora	SRA.	GUERRERO.
PEDRO, marido de Rafaela, sesenta y tantos años, labrador	SR.	CARSÍ.
RAFAEL, hijo de los anteriores, veintitantos años, tipo de caballero		DÍAZ DE MENDOZA (F.)
VICENTE, hijo de Rafaela y Pedro, labrador		GUERRERO.
TOMÁS, ídem íd		JUSTE.
PACORRO, ídem íd		VARGAS.
CARMEN, novia de Rafael, treinta y tantos años: tipo fino que luego se afina más	SRA.	ROCA.
ANTONIA, joven y guapa, mujer del campo	SRTA.	MARTÍNEZ.
BLAS, una especie de bestia maliciosa	SR.	SANTIAGO.

PRÓLOGO

La escena representa la sala baja de entrada, ó mejor dicho el «zaguán» de una casa de labor, muy pobre, pero que se conoce que tuvo tiempos de menos pobreza.

En el fondo una gran puerta de dos hojas con herrajes toscos. En una de las hojas hay un postigo ó puerta pequeña. Se abre hacia dentro.

A la derecha del espectador, en segundo término, una escalera muy empinada que conduce al pajar. En primer término, una puerta que da al cuarto de Rafael.

A la izquierda dos puertas: la del primer término corresponde al cuarto de Pedro y Rafaela. La de segundo término, que es mayor, á la cocina.

En cualquier parte una mesa con una imagen piadosa, virgen ó santo. Un sillón grande, tradicional, de baqueta, viejo y modesto

Sillas de paja, taburetes de madera. Objetos de labranza.

Al empezar, la puerta del fondo está toda abierta; se ve el campo, un campo de Castilla: una carretera en el centro cuya faja se pierde á lo lejos y enfila con la puerta.

Es de día, la caida de la tarde. Mucha luz fuera. El tiempo de la siega.

ESCENA PRIMERA

No hay nadie: la escena sola hasta que se asomen alternativamente PEDRO y RAFAELA, cuando se indique; después BLAS

PED. (Asomando á medio vestir por la puerta de la izquierda, primer término.) ¡Rafaela!... ¡Rafaela!... (A gritos.)

RAF. (Desde dentro, no sale, contesta á voces.) ¿Qué quieres, Pedro?

PED. ¡La muda limpia!... ¡que no puedo vestirme!... ¡y se hace tarde!

RAF. ¡En el arca grande está! (Como antes, sin salir á escena.)

PED. Está tu ropa; pero no encuentro la mía.

RAF. Busca bien y no seas torpe.

PED. Ven á buscarla.

RAF. No puedo, que estoy arreglando el cuarto de Rafael.

PED. Bueno: entonces no digo nada. Pero no encuentro la muda limpia... ¡que no la encuentro!...

RAF. ¡Se la habrá tragado la tierra!

PED. Puede ser. (Se retira.)

(La escena sola. Se oye cantar desde lejos á uno de los segadores.)

VOZ. (De hombre.)

Mientras trillo las mieses
sobre las eras,
tú el corazón me trillas
dándole vueltas.

VOZ. (De mujer.)

En las eras queda el grano,
la paja la lleva el viento:
si te trillo el corazón
sólo paja en él encuentro.

(Se oyen risas lejanas de mozas y mozos.)

BLAS. (Por la puerta del fondo, con aspecto de bestia.) ¡Pedro!... ¡Pedro!... ¡Que soy yo!... ¡A la otra puerta!... ¡Señá Rafaela!... ¡Señá Rafaela!... ¡que no es nadie!... ¡que soy yo!... ¡A la mesma puerta!

RAF. (Asomando á la puerta de la derecha, primer término.) ¿Quién llama?

BLAS. ¡Le digo que soy yo! ¿pues no me ha conocido en la voz?

RAF. ¡Ah! ¿Eres tú?... Me alegro. Entra, entra y me ayudarás. (Indicándole la habitación á cuya puerta está.) Que tú eres muy bruto y tienes mucha fuerza.

BLAS Es que tengo antes que decir una cosa.

RAF. La dirás luego. Ahora entra, Blas.

PED. (Asomando, ya vestido, por la izquierda.) ¿Quién llamaba?

BLAS No es nadie: soy yo, que tengo que decir una cosa.

RAF. Luego... luego... Ahora ven conmigo. ¿Sabes? (A Pedro.) He de mudar de sitio la cama de Rafael.

PED. ¿Pues no estaba bien? Yo la puse en el sitio de más señorío: de frente.

RAF. ¡No, no! Estaba de frente á la ventana, y como las maderas son viejas y no encajan bien, al salir el sol, entraría por los resquicios y despertaría al chico. ¡Hacer un viaje desde Madrid que está tan lejos; venir tan cansado, y no dejarle dormir todo lo que tenga gana! ¡Vamos, vamos!... Pensaría el pobre: «¡bien me tratan mis padres! ¡Yo á trabajar, á ganarles honra; y ellos á no dejarme dormir.» ¡Pues no faltaba más! ¡Eso no ha de ser mientras mi Rafael tenga madre!

PED. ¡Y padre! ¡canastos!... Pero la verdad es que tú en todo piensas! (A Rafaela con cierta admiración de cariño.)

RAF. (A Blas.) Ven, ven conmigo.

BLAS Pero digo que tengo que decir una cosa.

RAF. En cuanto me ayudes á arrastrar aquel armatoste.

BLAS (Alarmado.) ¿Arrastrar qué?

RAF. (Riendo.) No te asustes: no es un carro lo que tienes que arrastrar: es la cama.

BLAS No he arrastrado nunca ninguna.

RAF. Pues ahora pruebas. ¡Anda!... ¡Anda, zángano!

BLAS Pero yo tenía que decir una cosa. Que si no la digo, aluego aquellos me sacuden.

RAF. ¡Anda para adelante!

(Salen por la primera puerta de la derecha Rafaela y Blas.)

ESCENA II

PEDRO. Luego ANTONIA (joven y guapota)

PED. ¡Para discurrir, Rafaela! ¡En todo piensa! y si es en bien de su hijo, vamos, que no tiene comparación...

ANT. (Por el foro.) A la paz de Dios, señor Pedro.

PED. ¡Hola! ¿eres tú, Antonia? Ya te he dicho que no soy «¡señor Pedro!» ni lo he sido nunca; soy Pedro y basta, y á mucha honra.

ANT. Quien tiene un hijo como el señorito Rafael, que es todo un señorito, claro es que ha de ser *todo un señor*. Vamos, á mí me parece que tiene que ser así. Y todo el pueblo piensa lo mismo: «La señá Rafaela y el señó Pedro, padres del señorito Rafael.» Cada cual, en su cada cual: y Dios con los que son señores, que para eso está, ¿digo bien?

PED. Dices bien, mujer. Que Rafael nos da señorío á todos: y al pueblo, ¡no digo nada! Conque, ¿qué es lo que querías?

ANT. (En voz baja con cierto misterio.) Vengo de parte de Carmen... de la señorita Carmen, que esa también tiene que ser señorita: por sus principios, y por lo fina que es, y porque es novia del señorito Rafael. ¡Ay! ¡ya lo he dicho!

PED. ¡Como si dijeras algo nuevo!

ANT. ¿Y usted no lo lleva á mal?

PED. Claro que no. ¿Por qué?... Carmen es buena y honrada. El genio fuerte, retefuerte, eso sí; pero hermosa como un sol. Las mujeres han de ser guapas: esa es la fija, si no que se metan monjas. Para andar por el mundo han de ser guapas.

ANT. (Riendo.) ¿Y yo puedo andar por el mundo?

PED. (Mirándola.) Sí: tú puedes andar por el mundo; pero con cuidado. Entiéndelo tú: los hombres para ser hombres, han de tener mucho de aquí. (Poniendo el dedo en la frente.) Y las mujeres mucho de acá. (Indicando el palmito de la cara.) Como en su tiempo Ra-

faela, ¡y aun, aun! Los tontos con las bestias; y las feas al convento; y así queda arreglado todo.

ANT. ¡Cómo se conoce que es usted el padre de Rafael! Tiene usted mucho pesquis.

PED. A mi manera; claro es que no soy como Blas, pongo por caso. Y tú, ¿qué traías?

ANT. Ya lo he dicho; un recado de Carmen.

PED. ¿Qué recado?

ANT. Como sabe que al anochecer llega el señorito Rafael y que ustedes salen á recibirle á la estación del ferrocarril, quisiera que le dijesen si puede ir ella también, ó si lo tomarán ustedes á mal.

PED. ¿Por qué lo hemos de tomar á mal? Pero se lo pregutaremos á Rafaela cuando salga, que ella entiende de estas cosas más que yo. Porque cuando moza aprendió muchos de éstos requilorios en casa de su tío el cura.

ANT. Como Carmen; también aprendió lo que sabe, que no es poco, en casa de su tío, el otro cura del pueblo de ahí al lado.

PED. ¿Y tú?

ANT. Yo, no señor. No he tenido nunca un tío cura: bien me pesa.

PED. ¿Te pesa, eh?

ANT. Por eso estoy tan atrasada.

UNA VOZ (De hombre, desde fuera.)

Mira cómo corre el trillo
y mira yo qué derecho,
por eso me quieren tanto
todas las mozas del pueblo.

(Se oyen risas.)

ANT. (Riendo también.) ¡Ese es Pacorro! Rafael sabrá mucho; pero tiene usted tres hijos, Tomás, Pacorro y Vicente, sobre todo Pacorro, que son lo mejor del pueblo.

PED. Se hace lo que se puede.

ANT. Y muy buenos.

PED. Eso, sí.

ANT. Sin pizca de envidia por su hermano, que es el *preferido*. El, allá, en Madrid, haciendo el señorito; y ellos acá haciéndose peda-

zos en el campo de tanto trabajar. Ahora sobre el trillo... (*Asomándose á la puerta.*) ¡Y sí que va derecho!

PED. Deséngáñate, Antonia, en este mundo «todo lo hacemos entre todos.» Y cada cual lo que sabe, y lo que puede. Ponle alas al buey que abre el surco y ya verás lo que se remonta. Engancha al arado á la golondrina, y ya verás qué labranza. Déjalos, déjalos á mis mozos en la era, y deja á mi Rafael con sus libros.

ANT. Por mí, ya les dejo. Conque ¿qué le digo á Carmen, eh? Allá en el robledal está esperando la respuesta: que no se atrevió á entrar.

PED. Ahora te la dará Rafaela, que ya viene.

ESCENA III

PEDRO, RAFAELA, ANTONIA, BLAS

RAF. Buenas tardes, Antonia.

ANT. Muy buenas, señora Rafaela.

BLAS (*Sale riéndose detrás de Rafaela.*) ¡Rediós! ¡Qué cama para Rafael! ¡Tiene más madera que un pinar: y más colchones!... ¡Anda, si me pensé que habían metido en las fundas un rebaño de borregos antes del esquileo!... ¡Ya sube!... ¡ya sube!

RAF. (*Acabando de vestirse.*) Ya queda bien.

BLAS Cinco veces la hemos mudado de sitio.

PED. Oye, Rafaela; oye lo que dice Antonia.

RAF. ¿Qué dice?

PED. Trae un recado de Carmen.

ANT. Eso es: de Carmen... que aguarda allá fuera.

RAF. ¿Y por qué no viene?

ANT. No se atreve.

RAF. ¡Qué corta de genio se nos ha vuelto!

BLAS ¡Corta de genio, sí, corta de genio! Cuando ríe, una paloma acobardada; pero cuando se enfada, una loba rabiosa. Porque le dije un día no sé qué, que no era nada malo,

me pegó, ¡ella que es tan fina! una bofetada que no se me ha enderazado la fisonomía desde entonces.

ANT. Razón tendría.

BLAS No digo que no la tuviese.

ANT. Pues ahí tienes: hoy le da miedo venir.

RAF. Aquí no se la quiere mal. Basta que mi Rafael haya puesto los ojos en ella, para que sea sagrada en esta casa.

ANT. Se lo diré.

RAF. Ya lo sabe. ¿Pero qué recado era ese?

ANT. Que si podía ir con ustedes á recibir á Rafael... que ya el tren vendrá gronto.

RAF. (Contrariada) Eso no sé... Mira tú, no sé... Si vamos muchos... llega el chico, abraza á unos, abraza á otros, y no nos llega nunca la vez, ni á su padre ni á mí. Hazte cargo.

PED. Eso es verdad. Rafaela en todo piensa.

ANT. Ustedes serían los primeros.

RAF. Pero de prisa, de paso, para abrazar á los demás. ¡Y estar tantos años sin verle para un abrazo de refilón... no vale la pena... y da mucha pena! ¡Es un abrazo en que estoy yo pensando hace un mes!... (Lloriquea.)

PED. En todo piensa.

ANT. Bueno, ¿pues qué le digo?

RAF. Ya ves tú... yo no quiero afligirla; pero á ella le quedan muchos años... (Decidiéndose.) No, pues no me parece bien que vaya. Los padres, es natural... pero ella... es como si dijese: «fuera, fuera, vosotros estais ya de sobra; sois viejos: yo soy joven, y á mí me quiere más que á vosotros.» Nada, nada... que no puede ser... que no vaya.

ANT. Bien está: se lo diré.

RAF. Espera... que no es cosa de darle un disgusto. A más que lo sentiría Rafael. ¡Pobre Carmen, también le quiere! (Pensándolo.) Mira, le dices... pero con suavidad, no así como si estuviéramos enfadados, le dices que á la *estación* no puede ser, porque no está bien. Pero que venga... y aquí le espera... y aquí se ven.

ANT. Bueno... (Va á salir.)

RAF. Oye, y también puede quedarse á cenar con nosotros. ¡Ah! (Asomándose á la izquierda segundo término.) ¡Tía Rita, tía Rita... (Gritando.) que nos vamos á recibir á Rafael... y volveremos en seguida! ¡Que no se descuide la cena, porque el chico traerá hambre, y que hay convidados! (A Antonia.) Conque ya sabes.

ANT. Voy á llamar á Carmen, que está ahí fuera. Lo de cenar no sé... no sé si querrá su tío... Iré á decírselo.

PED. ¿Y por qué no ha de querer?

ANT. Porque ya saben ustedes que á don Roque no le gustan esos amoríos de Rafael y Carmen.

PED. ¿Que no le gustan... que no le gustan?...

RAF. ¿Por qué no le gustan? ¡Qué más quisiera *él* y toda *su casta*, si no casarse con Bafael!

BLAS ¡Canastos! (Riendo estrepitosamente.) *El* y *su casta* me parece que no podrían casarse todos con Rafael!... ¡Vaya una boda! (Riendo.)

PED. ¡Ya me figuro yo por qué no quiere; (Explicándoselo a Rafaela.) porque sabe que somos pobres, que todo lo hemos vendido y lo hemos hipotecado para darle carrera á Rafael; para que Rafael fuese lo que es!

RAF. ¡Y más que hubiésemos tenido! ¡y lo que nos queda! ¡y todo! ¡y la sangre de las venas gota á gota! ¡y la respiración soplo á soplo! ¡y el alma y la vida! ¡Este (Por Pedro.) y yo, todo! ¡Que nos apriete la prensa del tío usurero, como si fuésemos capazo de aceitunas, que el jugo que den estos pobres viejos es para Rafael! ¡para nuestro Rafael!

PED. ¡Para nuestro Rafael! (Con orgullo.)

RAF. ¡Que la boda no le parece bien al procurador!... ¿Has oído?

PED. ¡Que el tío carcoma no tiene bastante con Rafael!... ¡Tráele un príncipe, Rafaela! (Todos ríen excitándose unos á otros.)

RAF. (A Antonia.) Corre y que venga Carmen á cenar, y te quedas tú. Nada más que porque yo quiero y ese quiere. (Por Pedro.)

ANT. Voy en seguida. Y lo diré, y vendremos las dos. (Sale corriendo por el fondo.)

ESCENA IV

RAFAELA, PEDRO y BLAS

(Rafaela arreglando cosas y acabando de vestirse)

BLAS ¿Conque digo ó no digo lo que tenía que decir?

RAF. Anda, dilo, zamarro.

BLAS Pasé por la era... ahí cerca... ¿sabe usted?... la era de ustedes.

PED. ¡Si sabré yo dónde está mi era!

BLAS Y allí estaban Pacorro y Tomás y Vicente... los chicos de usted... ¿sabe usted?

PED. ¡Si sabré yo quiénes son mis hijos!

BLAS Yo creo que sí lo sabrá usted.

PED. Acaba.

BLAS Y me dijeron... pues dicen... «Anda, Blas, y pregunta á los padres, si tenemos que ir con ellos á recibir al hermano; ó si acabamos el trabajo». Y á eso he venido.

PED. ¡Todo el mundo quiere venir con nosotros á recibir á Rafael!... (Con mal humor.)

RAF. Hombre, ellos son los hermanos. Y los pobres bien se portan con Rafael; que en jamás se quejan.

BLAS Y podían quejarse: ¡claro! Lo dice el tío de Carmen, el percurador.

RAF. ¿Qué sabe él? ¿y qué tiene que murmurar de mi casa?

BLAS El dice que Rafael es el *preferido,* y que los otros son... son... ¿cómo dice?... una palabra... que son... los que... no me acuerdo.

RAF. Alguna desvergüenza.

BLAS Quiere decir que ellos son los burros de carga.

PED. Cállate, estúpido. Ellos son unos buenos chicos, y se sacrifican por su hermano, como esa y como yo. Y luego Rafael cuando suba mucho se sacrificará por nosotros, porque esta es la ley de Dios.

BLAS ¡Como no os dé una patada y tome el pendingue!

RAF. ¡Cállate, mala sangre! (Corre á pegarle, pero se contiene.) ¡Mala bestia!... Calla y vete.

BLAS Bueno, me iré. ¿Y á los chicos, qué les digo?

PED. Diles que el trabajo no se puede dejar... Que luego viene un turbión y cae sobre la era, y nos aguó la cosecha, que ya de por sí es mala. ¿Qué le hemos de hacer? Lo primero es lo primero.

RAF. Es verdad. Que luego verán á su hermano y cenaremos todos juntos. Y si tú quieres vienes con ellos y cenamos todos.

BLAS Eso está bien. ¡Con Dios! Les diré... eso... que cenamos todos juntos.

RAF. Adiós, Blas. (Sale Blas por el fondo.)

ESCENA V

RAFAELA y PEDRO

RAF. (Preparándose para salir. A Pedro que se queda pensativo.) ¿Qué estás pensando, que te has quedado de piedra?

PED. Nada... nada... Despacha tú, y vamos á esperar al chico, que el tren no tardará mucho.

RAF. Pero tú piensas algo.

PED. Pienso que Rafael ya se puede dar prisa á ganar dinero; porque el tío Roque en eso tiene razón: ¡estamos *á los últimos!* el agua nos llega al cuello, si no nos llega á la boca, Todo vendido, empeñado, hipotecado... nada es nuestro... ¡cualquier día nos echan de esta casa!

RAF. ¡No te apures! ¡Ya Rafael tiene carrera! ¡Ya es abogado! ¡Y hablará!... ¡que dicen que habla! (Ponderando.) ¡y escribirá... que dicen que escribe! (Ponderando también.) ¡Y será *diputado*... que mandará en toda la nación! ¡Y será *ministro*, que manda hasta en los diputados!... Y será...

PED. (Riendo.) ¿Pues ya qué más?... ¡Como no le hagas Rey!...

RAF. ¡Por mí, Rey sería!...

PED. ¡Eso, eso!...

RAP. ¡Y mandando en todos!

PED. ¡En nosotros no, carape!... ¡No faltaba más!

RAF. ¡En nosotros no, que somos los padres!... ¡Y le queremos mucho, pero mandar, aun mandamos más que él, con ser Rey!... Y si nos desobedece, le cogemos como cuando era niño, y le decimos: «¡Venga *vuestra majestad,* que le vamos á encerrar en el *cuarto oscuro* hasta que nos pida perdón!» (Riendo.)

PED. (Riendo.) ¡Así, así!... ¡Al *cuarto oscuro* con su manto y su corona!...

RAF. Conque anda, anda... déjate de penas y cavilaciones y vamos á recibir al chico.

PED. Vamos. (Van á salir.)

ESCENA VI

RAFAELA, PEDRO, CARMEN y ANTONIA

(Se encuentran todos en la puerta del fondo)

RAF. (A Carmen.) ¡Ah!... ¿Eres tú?... Entra, entra...

CAR. (Con timidez un tanto agreste.) Sí, señora, soy yo. Antonia me ha dicho...

RAF. Pues eso es: lo que esa te ha dicho. Pedro y yo vamos á recibir á Rafael, porque es lo regular... Tú comprendes que es lo regular.

CAR. Sí, señora: es lo regular.

RAF. Y tú le esperas aquí; que de seguida volvemos. Y le ves aquí. Y te quedas á cenar con nosotros, que hoy tenemos buena cena porque viene Rafael.

CAR. Sí, señora. Muchas gracias.

RAF. ¿Conque vamos? (A Pedro.)

PED. Vamos, vamos, que se hace tarde. Con Diós, Carmen y la compañía... ¡un par de chicas! (Riendo.)

RAF. ¡Anda, tú, *pa alante!* (Empujándole. Salen Rafaela y Pedro por el fondo.)

ESCENA VII

CARMEN y ANTONIA

ANT. Cualquiera que te viese cuando estás con ellos, creería que eres una oveja. (Riendo.)

CAR. Porque les quiero: son los padres de Rafael. Porque les respeto: son muy buenos. Mira tú, siendo Rafael lo que es; esperando que sea por su talento lo que ha de ser en el mundo, ni se ensoberbecen, ni me rechazan. ¡Ah, esto yo lo agradezco con toda mi alma! ¡Para los que me tratan bien, yo soy oveja, como tú decías!...

ANT. ¿Y si te tratan mal?

CAR. Me defiendo.

ANT. ¿Nada más?

CAR. ¡Y me desquito! Una mujer no es un trapo que se pisotea. ¡Ya ves tú, Rafael, lo es todo para mí! ¡Desde chiquita no pienso más que en Rafael! Para ponerme á su igual, para que no pueda despreciarme, vengo yo trabajando y estudiando lo que puedo y como puedo.

ANT. ¡Ya sabes, ya! ¡Ni el maestro de escuela! ¡Y hasta hablas franchute! ¿Y qué más, qué más? (Acercándose á ella con admiración.)

CAR. ¡El es un sabio! Pero... ¡que no me desprecie!... Con todo lo que le quiero... ¡que no me desprecie!

ANT. ¿Dejarías de quererle?

CAR. ¡No!... ¡nunca!. . ¡Pero le querría con rabia!... ¡con mucha rabia!

ANT. Como al aguilucho que te empeñaste en domesticar, ¿te acuerdas?

CAR. Sí me acuerdo. ¡Llevo la señal! (Mostrando la mano ó el brazo.) ¡Quería volar, escaparse!...

ANT. ¡Y tú le sujetabas!... ¡Vamos, mujer, que tienes unas cosas! ¡Sujetar á un aguilucho!... ¡Claro, te clavó el pico y las garras!

CAR. ¡Pero yo le ahogué! ¡No sé si de cariño ó de ira! Le ahogué y no voló.

ANT. (Riendo.) A ver si haces lo mismo con Rafael.

CAR. ¡Calla!... ¡no!... ¡Dios mío!... ¡El me quiere con toda su alma!

ANT. ¡Pues tu tío, dice que no!

CAR. (Fríamente, con desprecio.) Ya lo sé. Quiere llevarme al convento con mi prima. ¡Yo!... ¡al convento!... ¡Domarme á mí! Para mí en el mundo no hay más que un cariño, una ley, una voluntad: ¡Rafael! ¡Con él, todo es cielo! ¡Sin él, todo es noche de boca de lobo!

ESCENA VIII

CARMEN y ANTONIA. Entran por el fondo PACORRO, VICENTE, TOMÁS y BLAS tras ellos. Entran hablando y riendo

Empieza á anochecer

PAC. ¿Aun no han encendido luz?

VIC. ¿Pues no ves esas dos luces? (Señalando los ojos de Carmen.)

PAC. Esas no se han encendido para mí.

TOMÁS (A Carmen.) ¿Pues para quién?

CAR. Voy á preguntárselo al primero que pase. (Se asoma á la puerta del fondo y se queda mirando.)

VIC. ¿Y estas luces que quedan? (Por Antonia.

PAC. Esas no sé. ¿Para quién has encendido esas luces que llevas en la cara, Antoñona?

ANT. Para mi novio.

PAC. ¿Y quién es tu novio?

ANT. Que lo diga él.

PAC. ¿Quieres que lo diga yo?

ANT. Lo dices hoy y ya no lo puedes decir mañana.

PAC. ¿Por qué?

ANT. Porque ya entras en quinta, y si te toca en el sorteo un mal número, que te tocará, porque los mejores son los que tienen peor suerte, tendrás que ir á servir al Rey: acaso á Ultramar, donde suena que anda todo muy revuelto; y si hay guerra, á saber si volverás de la guerra. ¡Vaya un novio! (Blas se habrá tumbado en cualquier parte: Tomás y

Vicente andan por la escena arreglando cosas: uno de ellos habrá sacado de la cocina á la misma puerta una cubeta de agua y se están lavando los dos. Carmen siempre asomada á la puerta.)

TOMÁS Ese no va soldado.

ANT. ¿Qué hacéis vosotros?

VIC. Pues lavarnos para recibir á nuestro señor hermano, el de Madrid, con señorío. (Con burla.)

TOMÁS Y yo te digo que ese no va soldado.

VIC. ¡No va!... ¡no va!

ANT. ¿Por qué?

TOMÁS Porque padre tiene el dinero apartado para redimirlo si es preciso.

ANT. Me alegro con toda mi alma.

PAC. ¿Para que diga quien es tu novio?

ANT. Y aunque no lo digas.

CAR. ¿Cuánto tarda?

BLAS Vamos, que el señor Pedro te redime. (A Pacorro.) Entonces ya no sois lo que dice el el tío de aquella. (Señalando á Carmen.) Ya no sois los... ¿cómo dice? ¿Lo sabéis vosotros?

TOMÁS En el pueblo se sabe todo lo que se dice y lo que no se dice.

PAC. ¡Para malas lenguas y para cizañar familias no hay como la gente!

BLAS ¿Pues qué dicen que es Rafael y sois vosotros?

PAC. ¡Que Rafael es el preferido y nosotros los cenicientos! ¡Asnerías!

BLAS Eso, eso... ya no se me olvida. ¡Cenicientos!

CAR. ¡Cuánto tarda!

PAC. (Asomándose junto á Carmen.) Pues sí que tarda. (Volviéndose y lavándose las manos y la cara.) Ya tengo ganas de darle un abrazo á Rafael. ¿Y vosotros?

TOMÁS A saber si él querrá.

VIC. A saber si tan siquiera nos conoce. Hace lo menos cuatro años que no ha vuelto.

ANT. Pero hoy vuelve.

BLAS No será por mucho tiempo. Y no os dará muchos abrazos, que como sois *cenicientos* se podrá manchar.

ANT. ¡Calla tú, cizañero!

CAR. ¡Acaso no viene hoy!

PAC. ¿Quieres que me adelante á ver si vienen?

CAR. Sí, y yo también voy.

PAC. Espera... espera... Mira... mira...

CAR. Sí... ellos... Ya viene. ¡Rafael!... ¡Rafael!... (Sale corriendo.)

PAC. ¡Pues yo no me quedo!... que me apetece abrazarle... (Sale corriendo)

BLAS Parece que ya llegó. (Sin moverse.)

ANT. Ahí están... ahí están.... (Asomándose al fondo.)

TOMÁS Déjalos que vengan...

VIC. Que ya vendrán si está de Dios. (Ninguno de los dos se mueve.)

ESCENA IX

RAFAELA, PEDRO, CARMEN, ANTONIA, BLAS, PACORRO, TOMÁS y VICENTE

Ya es de noche: la escena á obscuras: en el fondo alguna claridad

RAF. ¡Ya está... ya está aquí!... (Entrando triunfante: Rafael viste con sencillez pero con elegancia natural, casi aristocrática. Viene entre su padre y su madre: cerca de él, lo más cerca que pueden, Carmen y Pacorro. Los demás se quedan sin moverse á cierta distancia)

PED. ¡Ya le tenemos!

PAC. Pero yo no le veo bien.

TOMÁS Nosotros tampoco.

VIC. Ni pizca.

RAF. ¿Pero por qué no traen luz?

CAR. Yo la traeré. (Sale apresuradamente y vuelve en seguida con la luz.)

ANT. Sí, que la traigan.

BLAS Que la traigan á ver cómo es.

TOMÁS Que la traigan para verlo.

(Entra Carmen con la luz y se forma un grupo alrededor de Rafael: grupo que hay que estudiar para su efecto plástico. Rafael en el centro sonriendo, pero molesto. Carmen alumbrándole desde muy cerca. Rafaela y Pedro separándose algo y contemplándole con adoración. Los demás á distancia estirando el pescuezo con curiosidad.)

RAF. ¡Miradle... miradle!... ¡Mejor que hace cuatro años!... ¡mejor... mejor!...

PED. ¡Más hombre y más caballero!

TOMÁS ¡Lo mismo!

VIC. ¡Lo mismo!...

RAFAEL Bueno: gracias. Lo agradezco todo... y á todos... (Riendo, pero contrariado.) Pero ya me han mirado bastante. Ahora, dejen ustedes que yo les mire, que todavía no pude enterarme... ¡Madre... padre!... ¡tan buenos y tan fuertes como antes!... (A Carmen.) Y tú, Carmen, ¡qué hermosa! ¡Más hermosa que nunca! ¡Gran tierra mi tierra que cría mujeres como tú!

ANT. Como esta no hay muchas.

RAFAEL (Riendo.) Con una me basta por ahora.

CAR. ¡Y por siempre!

RAFAEL Y tú ¿quién eres?

ANT. ¿Ya no se acuerda?... Soy Antonia...

RAFAEL ¡Ya... sí!... ¡Antonia!... (Como si se acordara.) Tú también te has puesto guapetona.

BLAS (Adelantándose.) ¡Y yo soy Blas!

RAFAEL (Riendo.) ¡Sí, de tí me acuerdo por lo bruto que eras! ¿Sigues lo mismo?

BLAS En lo mismo.

PAC. A mí ya me has dado un abrazo allá fuera.

RAFAEL ¡Sí, Pacorro... pobre Pacorro!

PAC. ¡Cómo me quiere!

RAFAEL ¿Y esos? (Mirando á sus hermanos que están retirados y recelosos.) ¿Quiénes son esos zánganos?

PED. ¡Hombre!... tus hermanos: Tomás y Vicente.

BLAS Pero no se llaman zánganos: que ya me lo dijeron, ¡se llaman *cenicientos*! (Riendo con malicia.)

ANT. Calla, bestia.

RAFAEL ¡Ah... mis hermanos!... (Mirándolos, dulcificando el tono y acercandose.)

TOMÁS Así lo dicen padre y madre... si no te parece bien... (Como para retirarse.)

RAFAEL ¡Por Dios, hombre!... Es que al pronto no os pude conocer: ¡como estáis en traje de faena!...

VIC. La faena que nos da de comer á todos... y á tí también.

TOMÁS Más que tu traje pulido.

RAF. ¡Vicente!... ¡Tomás!... (Con enojo.)

RAFAEL No se incomode, madre. Tienen razón. ¿No me dáis un abrazo?

VIC. ¿Y si te manchamos... el traje?

RAFAEL ¡Más manchado que viene!...

TOMÁS Bueno...

VIC. Si te empeñas... (Se abrazan fríamente: por cumplir.)

RAF. ¡Así... así me gusta... todos muy unidos! ¿Por mucho tiempo, Rafael?.... ¿Eh? ¿qué dices?

RAFAEL No puede ser, madre. ¡Cuánto lo siento!

PED. No puede ser, Rafaela: el chico tendrá en Madrid sus quehaceres: un mes, ó dos...

RAFAEL Imposible. Solo he venido á darles á ustedes un abrazo. Me marcho mañana.

RAF. ¡Mañana!...

CAR. ¡Mañana!...

RAFAEL Es preciso. Muchas cosas... asuntos... trabajos... compromisos... ¡Ya soy abogado... y hasta doctor! (Riendo.)

PED. ¡Anda, doctor! (Admiración en todos.)

RAFAEL Pero tengo que sacar el título. También venía para que hablásemos de eso.

TOMÁS (A Vicente en voz baja.) ¡Sacar el título!...

VIC. (También en voz baja.) Entiéndelo, hombre: sacar los cuartos.

RAF. (Procurando contener el llanto.) Si tú crees que es preciso... ¿qué remedio?

RAFAEL Pero no se aflija, madre, que en cuanto pueda, volveré para estar con ustedes una larga temporada.

RAF. ¿De veras? ¿Volverás?

PED. ¡Por Dios, mujer! ¿Cuándo ha mentido el chico? Dijo: ¡sacaré sobresaliente este año, y el otro, y el otro y siempre... y los sacó todos! Seré abogado... y es más... ¡Doctor!... Rafael cumple lo que promete.

RAF. (Secándose los ojos.) Ya lo sé... ya lo sé... ¿que me has de decir tú? Conque ahora á cenar todos con alegría y con cariño.

BLAS ¡Eso... á cenar! (Disponiéndose.)

RAFAEL Dispense usted, madre... no tengo gana;

comí en el camino. Y en cuanto hablemos de ese asunto... del título... me voy á descansar, que el viaje es largo y molesto.

PED. ¿De modo que no quieres cenar?

RAFAEL No podría... gracias, padre.

RAF. Pues entonces todos vosotros os vais á cenar. Y nosotros nos quedamos con el chico para despachar lo del título y que pueda irse á dormir.

BLAS Corriente... nosotros á la cocina. ¡Andad, andad, vosotros! (Empujando á Tomás y Vicente.)

PED. Tú también, Carmen... y tú, Antonia.

PAC. Yo me quedo, que quiero hacer compañía á Rafael, y á Rafael también le gusta. ¿Verdad? (Mirando a Rafael.)

RAFAEL Claro. (Los demás se van por la segunda puerta de la izquierda.)

CAR. (Aparte.) (Mañana... entonces tengo que hablar con él esta noche.)

VIC. (A Tomás en voz baja.) Se va mañana: mejor.

TOMÁS Déjalo, que no habrá venido de balde.

BLAS (A los dos.) Ya lo aprendí... ¡cenicientos!

ESCENA X

RAFAELA, PEDRO, RAFAEL y PACORRO

PED. Pues hablemos de eso que decías, del título. (A Rafael. Se preparan para sentarse.)

RAF. (A Rafael.) No... tú siéntate aquí... en el sillón, (Un sillón viejo de baqueta.) que estás cansado.

RAFAEL No: usted, madre.

RAF. No: ea, yo lo mando.

PAC. Claro, ello lo dice. (Como si fuera una sentencia.) «El que está mejor vestido, en el sillón».

RAFAEL Pero, madre...

PED. ¡Obedécela, hombre!... ¡si ella tiene ese gusto!...

RAFAEL Como ustedes quieran.
(Se sienta Rafael en el sillón y los demás alrededor en banquetas y sillas de paja.)

PAC. Así estamos bien.

PED. Conque tú dirás. (A Rafael.)

RAFAEL Ya concluí mi carrera, puedo ejercer la abogacía, puedo ganar mucho.

PAC. ¡Eso, eso, ganar mucho!

RAFAEL Gracias á ustedes y á sus sacrificios, casi llegué al fin. Mejor dicho al principio de una nueva vida. ¡Cuánto les debo! ¡Cuánto han hecho ustedes por mí!

PED. Dilo, dilo, que dirás la verdad.

RAF. No lo digas. Hicimos lo que los padres deben hacer por los hijos.

PAC. Pero más que por Vicente y Tomás: eso no hay que negarlo.

RAF. Porque éste tenía más talento y más disposición... y podía ser, como lo es, la vanagloria de la familia y el apoyo de todos nosotros. ¿Qué decís? ¿que nos hemos sacrificado? bueno; pues nos hemos sacrificado: le hemos dado nuestra vida y nuestra sangre; y gracias á la protección de sus padres y de sus hermanos ha llegado á lo que ha llegado: y ahora él nos dará su apoyo, y tendrá orgullo en ser nuestro y estaremos todos unidos! Nosotros á él por el cariño y por la sangre: él á nosotros por la sangre y por la gratitud. Que ahora que él está en alto y nosotros en bajo, no ha de renegar de nosotros.

RAFAEL ¡Por Dios, madre!

PED. ¡Eso ni se dice!

PAC. ¡Eso no lo hace Rafael!

RAFAEL ¿Quién lo piensa?

PED. No hablemos más en esa conformidad, que me hace daño la cena que no he cenado.

RAEAEL Yo no digo nada, porque me da vergüenza... yo digo... ¡al porvenir!

PED. Vamos á él. A la cosa esa del *título*, que es lo que me escarabajea.

RAFAEL Sin el título, ni puedo ejercer, ni puedo ganar. Es tener las alas cortadas.

RAF. ¡Ya! ¡ya!

RAFAEL Pero el *título* cuesta bastante. Eso sí, es el último sacrificio que han de hacer ustedes por mí.

RAF. ¡No! ¡el último, no! ¡No digas eso, que me da pena!

RAFAEL Pues uno más.
PED. ¿Y tú no tienes para el título?
RAFAEL ¿Cómo he de tener? Con lo que ustedes me mandan y con lo que yo gano, porque algo gano en los periódicos, y dando lecciones, reuno poco más de quinientas pesetas al mes.
RAF. ¡Quinientas pesetas! ¡que son dos mil reales!...
PAC. ¡Anda!
PED. ¡No puede ser!... ¡Entonces eres rico!...
RAFAEL (Riendo.) ¡Rico! ¡Un hombre solo, en Madrid, si tiene aspiraciones... con eso vive pobremente, padre. Vive entre humillaciones y amarguras!
RAF. ¡Jesús, María y José! ¡Cuánta vanidad!
PED. Mucho menos tenemos aquí para todos... y no diré que gaste coche... pero voy en buen carro.
PAC. El del estiércol, padre; el del estiércol.
RAFAEL (Impaciente.) En fin que no tengo nada ahorrado. Y necesito...
RAF. ¿Cuánto? (Todos con ansiedad.)
PED. ¿Cuánto?
RAFAEL Para el título... y otros gastos... para establecerme... para ir ganando... que ya tengo apalabrados dos ó tres asuntos... ¿comprenden ustedes?... necesitaría unos *diez mil reales*.
RAF. ¡Ave María Purísima!...
PED. ¡Me has dejado sin pulso!
RAFAEL (Contrariado, impaciente y con cierta sequedad.) Si no los tienen ustedes... paciencia. Me vuelvo á Madrid y los pediré prestados.
PED. No, hijo, eso no, que eso es ponerte un dogal al cuello para toda la vida.
RAF. Para toda la vida: ya lo sabemos nosotros.
PED. ¡Todo hipotecado! ¡todo! Si tú, cuando seas abogado de veras, no nos salvas, estamos perdidos.
RAFAEL Pues para eso quiero yo también sacar el título, para salvarles á ustedes. Pero sin el título no puedo hacer nada.
RAF. Dice bien: me parece muy puesto en razón.

RAFAEL De todas maneras si ustedes no tienen el dinero...

PED. Tenerlo... sí lo tenemos.

RAF. Lo tenemos... y no lo tenemos... porque en conciencia es de ese. (Por Pacorro.)

RAFAEL ¡De Pacorro! Pacorro tiene diez mil reales.

PAC. Hombre, yo no tengo nada.

RAF. Te diré. (A Rafael.)

PED. Esta te lo dirá.

RAF. Pacorro pronto entrará en quintas, y me da el corazón que le llamarán al servicio, que sacará mal número.

PAC. Ya lo veréis: sacaré el ocho: ¡los anteojos del muerto! (Riendo.)

RAF. ¡Y ya sabes que en Ultramar andan mal las cosas! ¡Pues yo no quiero, (Afligiéndose.) no quiero, que Pacorro vaya á la guerra! ¡que Pacorro también es hijo mío! ¡y le quiero, como os quiero á todos... á cada uno por cada uno! (Abrazándose á Pacorro y llorando.)

PAC. ¡Madre, no sea usted así; que de algún tiempo acá por todo llora!

RAF. (Secándose las lágrimas.) Y por eso le dije á Pedro: mira, necesitamos dinero para completar los intereses de las hipotecas; pues hipotequemos lo que nos queda y tendremos lo bastante para redimir á Pacorro. Por eso tenemos unos nueve mil reales; y por eso digo que son de Pacorro.

RAFAEL Es verdad: no todo ha de ser para mí. Nada, nada, no se aflijan.

PED. Pero el título...

RAFAEL Lo sacaré si puedo, y si no puedo, no lo sacaré. Será una lástima; pero, ¿qué remedio?

PED. Eso no: te cortamos las alas.

RAFAEL ¡No lo sabe usted bien! Y el caso es que si tuviera el título, esos diez mil reales...

RAF. Nueve mil.

RAFAEL Lo mismo da. Pronto los ganaba y se los devolvía á ustedes.

RAF. ¿Y si no da tiempo?

RAFAEL Todavía no es soldado... hasta que llegue el caso, si llega, hay tiempo de sobra.

PAC. Mira, Rafael, por mí llévate ese dinero. Y

si no puedes mandármelo, no me lo mandas. ¿Que voy soldado? ¡Mejor!

RAF. ¡Pacorro!

PED. ¡Eso no!

PAC. ¡Pues sí! ¿Qué hago yo aquí toda mi vida destripando terrones? ¡Hay que mirar por la familia, y hay que darle grandeza! ¡Como haces tú, ni más ni menos! ¡Ea, soy soldado! ¡y llego á general! Y en teniendo en la familia un abogado y un general, ¡que vengan prestamistas! ¡Tú (A Rafael.) los empapelas! ¡y yo les corto la cabeza! (Con entusiasmo idealista á su manera y riendo.)

PED. ¡Qué diablo de chico!

RAF. ¡Mira, Rafael, ese también, también tiene algo sobre las cejas y en el corazón! ¡Pero soldado, no!... ¡eso no! (Se entusiasma al oir á Pacorro, pero luego le da miedo.)

PAC. Para llegar á general de veras, hay que ser soldado.

RAF. O no. ¡Quién sabe!

PAC. Está dicho: te llevas los cuartos.

RAF. ¡Pero hijo mío!...

PAC. ¿No dicen ustedes que son míos? Pues yo se los doy.

RAFAEL Yo no sé si debo aceptarlos.

PAC. ¿Me desprecias? ¿No quieres recibir nada mío?

RAFAEL ¿Cómo puedes pensar tal cosa? ¡Gracias!... ¡y un abrazo!

PAC. ¿Y si mancho? (Se abrazan.)

RAFAEL ¡Polvo del campo de batalla no mancha, mi general! (Bromeando.)

RAF. ¡Así, así, todos unidos!

PED. ¡Siempre unidos!

PAC. ¡Por mí siempre, de general ó de ranchero!... ¿Y por tí? (A Rafael.)

RAFAEL ¿Qué pregunta? ¿Conque mañana?...

PED. Ya que ese se empeña, mañana te daremos el dinero.

RAFAEL ¡Gracias, padres! ¡gracias, Pacorro!

PAC. ¡Y ahora á cenar!

ESCENA XI

RAFAELA, PEDRO, RAFAEL y PACORRO. Entran CARMEN y ANTONIA, por la puerta de la cocina

CAR. Nosotras hemos acabado y nos vamos.

ANT. (Aparte.) (Nosotras no hemos empezado y nos vamos.)

RAF. Adiós, Carmen: mañana se va éste, puedes venir á despedirle. Adiós, Antonia.

ANT. Con Dios, señora Rafaela.

CAR. Con Dios, y gracias y hasta mañana. Adiós, Rafael. (En voz baja y rapida) (Quiero hablarte esta noche.)

PED. (A Rafaela.) (Esos quieren decirse algo: es natural. Vámonos.) (Alto.) Adiós, nos vamos á cenar.

RAF. Lo que yo cene...

PAC. Pues yo tengo ganas.

PED. Yo no.

PAC. Cenaré por todos. (Sale Pacorro por la puerta de la cocina. Carmen y Antonia se van hacia la puerta como para salir: Rafael les acompaña.)

CAR. Mi tío jura que antes de ocho días me lleva al convento con mi prima Remedios.

RAFAEL Y yo te juro que no.

CAR. Pues decide.

RAFAEL Calla... Espérame allá fuera. En seguida salgo. No te marches.

CAR. ¡Ya es fácil!... (Sale por el fondo.)

ESCENA XII

RAFAEL, RAFAELA, PEDRO

RAFAEL ¿Pero no cenan ustedes?

RAF. No tengo gana, hijo. No tengo gana.

PED. Ni yo.

RAFAEL ¡Válgame Dios, qué trastornos les he traído á ustedes!

RAF. No digas eso. Con mucho cariño, ¡qué importan los trastornos!

PED. Ahora te llevamos á tu cuarto, que ya ni te acordarás de él.

RAFAEL Creo que sí.

RAF. Y te dejamos dormir y descansar, que buena falta te hace, pobrecillo. Ya lo tienes todo arreglado: la cama, la palangana... tu espejo.

RAFAEL Pues vamos. Que la verdad, tengo sueño.

RAF. Vamos. (Todos se dirigen á la derecha primer término.)

PAC. (En la puerta de la cocina, izquierda segundo término.) ¿A dónde vais?

RAFAEL A descansar, Pacorro.

PAC. ¡Buenas noches, que descanses! (Salen Rafaela, Pedro y Rafael por la derecha.) ¡Qué flojos son estos señoritos por más sabios que sean! ¡Ya les pondría yo á cualquier sabio de esos sobre el trillo! (Riendo.)

ESCENA XIII

PACORRO. Saliendo de la cocina TOMÁS y VICENTE. Después BLAS

PAC. También habéis acabado pronto vosotros.

TOMÁS Con la venida del señorito hay que comer fino, y hay que comer poco, para que no nos llamen *ordinarios*.

VIC. Y dí tú, que viendo las cosas que pasan, se le pasa á uno el hambre.

PAC. ¿Pues qué pasa?

VIC. ¡Que eres muy bueno, y que de tan bueno, *eres bestia!*

PAC. ¿Por qué? ¿Porque le dejo el dinero á Rafael?

TOMÁS Porque él se irá á Madrid tan en grande y tú irás á pudrirte en una manigua, ó á que te machaquen los huesos en una trinchera.

PAC. ¡Si está de Dios me pudriré, que de todas maneras he de pudrirme! y tampoco Rafael estará conservado en esencia de rosas den-

tro de cien años. Pero también pudiese ser que volviese...

TOMÁS Sí, con fajín y sombrero de plumas.

VIC. Yo digo, y lo dice todo el pueblo, que no está bien lo que pasa. ¡Todo para Rafael!

PAC. ¡No digais! Que él bien trabaja para honra y provecho de la familia.

VIC. ¡De la familia!... ¡Para él... para él... y para él!

TOMÁS ¡Y en haciéndose rico, y llegando arriba, ya verás cómo nos desprecia, y dice que somos de otra casta, y que él todo se lo merece! (Con ironía tosca y cruel.)

VIC. ¡Esa es la fija!... ¡Os digo que ha de tener vergüenza de todos nosotros!... ¡Y se va... ó nos echa!

PAC. ¡Que no puedo sufrir esas cosas! ¡Malos hermanos, envidiosos! ¡Os callais, os callais y os vais á dormir! (Con energía y casi con indignación.)

BLÁS (Comiendo un mendrugo.) Pues en esta casa, si no vengo yo por casualidad, no come nadie. ¡Ea... adiós!... (Desde la puerta del fondo.) Memorias al señorito Rafael. (Con burla.) ¿Se fué á la cama? ¡Buena cama! Vosotros al pajar. ¡Adiós, cenicientos! ¡Ahora no se me olvida: *cenicientos!* (Se aleja riendo.)

ESCENA XIV

TOMÁS, VICENTE, PACORRO; PEDRO que entra riendo, RAFAELA un momento; vienen del cuarto de Rafael

TOMÁS Pues ese bestia dice la verdad.

PED. ¡Llévale la escalera! (Riendo a Rafaela.)

RAF. Basta con la silla. (Coge una silla de madera y sale con ella.)

PAC. ¿Que pasa?

PED. Que tu madre ha hecho la cama de Rafael tan alta, que el chico no puede subirse á ella. Por eso le digo que lleve la escalera del pajar.

TOMÁS Esa para nosotros. Buenas noches, padre.

VIC. Buenas noches. (Se van los dos y suben por la escalera que está á la derecha segundo término y que se supone que conduce al pajar.)

PED. ¿Qué tienen esos? (A Pacorro.)

PAC. Nada... que están cansados del trabajo.

PED. ¿Y tú?

PAC. Yo no me canso nunca. Conque á dormir bien, padre. Y ya sabe, mañana le da esos dineros á Rafael.

PED. Sí, hombre, sí. Mira, aquel tiene más talento que tú; pero tú tienes más corazón y más sano que todos los de la casa... salvo tu madre.

PAC. De casta le viene al galgo... Hasta mañana. (Sube al pajar.)

ESCENA XV

PEDRO, RAFAELA, RAFAEL. Los dos últimos en la puerta de la derecha

RAF. Adiós, hijo; y que descanses.

RAFAEL Adiós, madre. (Se dan un abrazo.)

PED. ¿Te puedes subir ya?

RAF. Ha probado y puede subirse.

RAFAEL Adiós, padre. (Se abrazan)

PED. Buenas noches... y á no pensar más que en dormir. (Salen por la izquierda primer término Rafaela y Pedro, cerrando la puerta del fondo y llevándose la luz.)

ESCENA XVI

RAFAEL, luego CARMEN. Rafael se queda en la puerta hasta que se retiran sus padres. Luego con precaución y á tientas va á la puerta del fondo y abre el postigo

RAFAEL Carmen... Carmen... (En voz contenida.)

CAR. Aquí estoy.

RAFAEL Mejor es que entres: la noche está fría y todos se fueron. (Carmen entra y entornan el postigo.)

CAR. De lo que te dije antes, ¿qué has pensado?

RAFAEL Que nadie te separa de mí. Cuando quiero una cosa, la quiero y nada me importa de los demás.

CAR. ¿Y á mí, me quieres?

RAFAEL ¡Con ansia, con ansia loca! ¡Con sed de rabia! ¿Estamos á oscuras? ¡Pues eres mi luz! ¿La noche está fría? ¡pues eres mi fuego! No sé si tengo corazón; pues junto á tí me salta y me golpea y me rompe el pecho, ¡Carmen!... ¡Carmen!...

CAR. ¡Pues á ver!... (Como pidiéndole que resuelva algo.)

RAFAEL Está visto. Lo que ha de hacerse se hace. Mañana me marcho: dos ó tres días después, antes de que te lleven con tu prima Remedios, te vas á Madrid conmigo. ¿Tendrás valor?

CAR. Para todo. Tú no me conoces. ¿Pero cómo hago el viaje?

RAFAEL Lo del viaje, ya te lo explicaré, y ya lo arreglaré yo. Sabes que tengo dinero... que es tenerlo todo.

CAR. Pues basta. ¿Y en llegando á Madrid?... (Con recelo.)

RAFAEL Te llevo á casa de una señora de mucho respeto... y luego nos casamos. ¿No es esto lo que tú preguntabas?

CAR. Eso. ¿Y por qué no nos marchamos juntos?

RAFAEL ¿Y el escándalo? ¿Y la gente del pueblo? ¿Y los padres?

CAR. ¡Tú eres más cobarde que yo! ¿No vamos á casarnos?

RAFAEL Si las cosas son necesarias, se atropella por todo. Pero si no son necesarias y nos perjudican, ¿para qué?

CAR. Tienes razón. Y más juicio que yo. ¡Demasiado! (Pensativa.)

RAFAEL (Se oye una música de guitarras á lo lejos: son los mozos del pueblo.) ¡Calla!... ¡Vuelven mis padres! (Señalando al cuarto de sus padres.) No hay tiempo: sal conmigo... (Salen por el postigo y lo entornan.)

ESCENA XVII

CARMEN y RAFAEL fuera, detrás del postigo. RAFAELA y PEDRO que vienen de su cuarto: ella trae una luz. TOMÁS y VICENTE que se asoman á lo alto de la escalera en el momento oportuno

PED. (En voz baja.) Te digo que no quedó luz encendida.

RAF. Es verdad... ya lo sabía... Pero es para ver si se ha quedado dormido.

PED. Ya supuse que era para eso. Yo también quiero ver si duerme. (Se oye más cerca la música.)

RAF. ¡Malaya por las guitarras!... ¿qué necesidad tenían las mozas y los mozos de músicas?... ¡Que no le dejan dormir!... ¡Pueblo más alborotado!... Viene el chico rendido... y música... y guitarruchos... y... Dios me perdone. (Se acercan los dos á la puerta de la derecha primer término, de puntillas y aplican el oído.)

PED. No se oye nada.

RAF. Se ha dormido... Ni la respiración... ¡*Duerme como un ángel*! (Pedro y Rafaela escuchando en la puerta. Rafael y Carmen se asoman por el postigo con precaución. Tomás y Vicente se asoman también en lo alto de la escalera.)

TOMÁS (En voz baja.) Te digo que anda gente por abajo.

VIC. Son los padres que vienen á ver como *duerme el preferido*

TOMÁS Mejor que los *cenicientos.*

CAR. (A Rafael.) ¡Cómo te quieren!

RAF. (Retirándose de puntillas con Pedro.) ¡Gracias á Dios que no le despertaron las guitarras! (Telón.)

FIN DEL PRÓLOGO

Personajes del acto primero

CARMEN, Princesa Vitelli............	Sra.	Roca.
RAFAEL DE CASASOLA............	Sr.	Díaz de Mendoza (F.)
MARQUÉS DE MONTENEVADO, padre de...........		Palanca.
LEONOR..........	Srta.	Bárcena.
DUQUESA...........................		Cancio.
BARONESA..........................	Sra.	Salvador.
LUIS................................	Sr.	Allen-Perkins.
LÁZARO, periodista..................		Codina.
ALBERTO, Vizconde..................		Díaz de Mendoza (M.)
CARLOS, sportman................ ..		Medrano.

Caballeros, señoras y servidumbre

ACTO PRIMERO

La escena representa un salón lujosísimo y aristocrático. Rompimiento en el fondo, cerrado por grandes puertas de cristales: las puertas son tres: la del centro abierta, las otras cerradas.

Detrás del rompimiento se extiende un parque espléndido iluminado con candelabros de luz eléctrica.

A la derecha del salón una puerta grande que da al comedor, y está cubierta por un cortinaje de dos hojas (ó por un tapiz)

A la izquierda otra gran puerta igual á la anterior y haciendo «pendant»: comunica con otros salones: está abierta.

Sofás, sillones, mesitas, etc., etc., todo de mucho gusto y de riqueza.

ESCENA PRIMERA

Nadie en el salón. DOS LACAYOS, ó criados de etiqueta, uno á cada lado de la puerta del comedor en pie: el cortinaje ó el tapiz cerrado

LAC. 1.º ¿Acabará pronto la comida?

LAC. 2.º (Con algo de acento gallego y después de mirar por detrás del tapiz con precaución.) Ya muy pronto.

LAC. 1.º ¿En qué lo conoces, Anastasio?

LAC. 2.º En que el señor Marqués ha brindado ya con el señor de Casasola.

LAC. 1.º ¿Con don Rafael? ¿Con ese señor que dicen que tiene tanto talento, y que habla tan bien?

Lac. 2.º Con el mismo. Pues por él ha dado el señor Marqués esta comida.

Lac. 1.º Ya sé. Para celebrar el triunfo de don Rafael en el *forro*.

Lac. 2.º Hombre no: en el *foro;* quiero decir, *ante los jueces:* en Galicia entendemos de todo esto más que vosotros.

Lac. 1.º ¿Y por qué fué?

Lac. 2.º Para defender á esos *huelguistas*, que habían hecho no sé qué. Una cosa muy sonada, y de que hablaron mucho los periódicos.

Lac. 1.º ¿Y el hombre se explicó bien?

Lac. 2.º Era lo que tenía que oir.

Lac. 1.º ¿Lo oíste tú?

Lac. 2.º Yo no: por eso digo, que era lo que tenía que oir.

Lac. 1.º Vamos, que don Rafael es un hombre de provecho.

Lac. 2.º De lo que hay *muy poco*. Todo el mundo lo dice: «Don Rafael Casasola es honra del foro: será honra del Parlamento, cuando el señor Marqués le saque Diputado; y será honra de la familia cuando se case con la señorita Leonor».

Lac. 1.º Muchas honras son para un hombre solo, Anastasio. Los dos juntos no tenemos tantas: el mundo anda mal.

Lac. 2.º No te digo que ande bien, mientras estamos aquí de pie, y los otros comiendo. Pero ello es así, es verdad.

Lac. 1.º Pues lo de la boda... no sé.

Lac. 2.º Es segura la boda.

Lac. 1.º No sé en qué acabará.

Lac. 2.º En lo que acaban todas las bodas, hombre de Dios: en casarse.

Lac. 1.º ¿Querrá el señor Marqués?

Lac. 2.º Querrá: como querer, querrá.

Lac. 1.º Oye, tú, el Marqués es muy noble; pero muy noble. ¿No es verdad?

Lac. 2.º ¿Si es noble preguntas? ¿Era noble Pelayo?

Lac. 1.º He oído decir que sí.

Lac. 2.º Pues más noble es el Marqués de Montenevado. Donde tú oigas decir *Monte*... ¡nobleza segura!

LAC. 1.º Y el señor de Casasola, es noble también?

LAC. 2.º Eso ya lo tendrá averiguado el señor Marqués, que en este punto él no transije.

LAC. 1.º ¿Acaban?

LAC. 2.º (Volviendo á mirar.) Ya muy pronto.

ESCENA II

LACAYO 1.º, LACAYO 2.º y el MAYORDOMO, ó jefe de la servidumbre, por el fondo, con otros dos lacayos. Vienen del parque

MAY. ¿De modo que el parque está todo iluminado?

LAC. 3.º Todo iluminado.

MAY. ¿El invernadero también?

LAC. 3.º Todo el invernadero.

MAY. ¿Y la estufa *exótica,* como el señor Marqués la llama?

LAC. 3.º Yo iluminé la estufa... lo demás no sé. ¿Lo iluminaste tú? (Al otro Lacayo.)

MAY. Bueno: con la estufa basta. Pero mucho cuidado, porque el señor Marqués no perdona ninguna falta. Ahora abrid esas dos puertas. (Las dos laterales del fondo que estaban cerradas.) Todas abiertas en esta sala. ¿Comprendéis? (Los Lacayos que entraron con el Mayordomo abren las dos puertas del fondo.) El señor Marqués le llama á esta sala: *La sala de la gran ventilación.* ¿Eh? ¿Os enterais? Todo abierto: que entre el fresco del parque. Por eso vienen aquí los fumadores. ¿Os hacéis cargo? ¡Esta casa está muy bien montada! ¡Mucho orden! ¿Eh? (Al Lacayo 2.º) Anastasio, ¿acabarán pronto?

LAC. 2.º Sí, señor. Ya brindó el señor Marqués con el señor de Casasola.

MAY. Ahora vamos á esta otra sala. (Señalando la puerta de la izquierda.) La de la *ventilación media,* según el señor Marqués; porque cada sala debe tener su nombre. Sólo dejais abierta *una hoja* de cristal. Y luego á la otra sala: la de la *ventilacióu eléctrica:* en esa *todo cerra-*

do. Es preciso que os enteréis bien: todo debe estar como debe estar. (Salen los tres por la izquierda.)

ESCENA III

LACAYO 1.° y LACAYO 2.° Después van saliendo del comedor los comensales por parejas: los caballeros llevando á las señoras del brazo. Así van pasando á los otros salones. Es una especie de procesión que debe estudiarse y ensayarse bien para que no resulte confusa

LAC. 2.° (Mirando tras el tapiz) Ya concluyeron. Levanta el cortinaje. (Levantan los Lacayos las cortinas ó corren el tapiz, y se ve el comedor lujoso y lleno de luz y de gente. Salen del comedor la pareja primera: una Señora del brazo de un Caballero.)

CAB. 1.° ¿Se queda usted aquí?

SEÑ. 1.ª No: de ninguna manera. En su estilo pomposo, el Marqués le llama á esta sala: ¡*La de la gran ventilación*! (Riendo.) Tiene á punto de honra que de sus comidas y recepciones salgan *dos ó tres pulmonías.*

CAB. 1.° ¿Nada menos?

SEÑ. 1.ª Pasemos pronto: estoy helada. (Salen por la izquierda y dicen todo esto al pasar de un lado á otro. Antes de que salgan, deben haber entrado otras dos parejas que vienen del comedor. La pareja la forman la Baronesa y Luis.)

LUIS ¿Seguimos adelante, Baronesa?

BAR. No: nos quedamos aquí. Me ahogaba en el comedor. (Se abanica.)

LUIS Aquí vienen los fumadores. (Se sientan á la izquierda.)

BAR. Tanto mejor. Ya conoce usted *mi secreto:* después de comer fumo *un cigarrillo turco.*

LUIS *Seré cómplice.* (Ríen los dos. La tercera y la cuarta pareja han debido ya presentarse.)

SEÑ. 2.ª Vamos al parque, debe estar delicioso.

CAB. 2.° El Marqués es hombre espléndido.

SEÑ. 2.ª Mucho lujo... claro, es muy rico. Pero no es lo mismo tener millones que saber gastarlos. Y la luz eléctrica brilla más que el buen

gusto. (Salen por el fondo, pero antes han debido entrar en escena otras dos parejas. La tercer pareja es una jovencita y un joven que vienen bromeando.)

J. LUIS ¡Pero qué fea *está usted esta noche,* Conchita!

CON. ¡Pero qué tonto es usted *siempre,* José Luis!

J. LUIS ¡No se le puede mirar á usted!

CON. ¡Tan fea soy!

J. LUIS Vámonos al parque, á lo más oscuro, donde no la vea á usted.

CON. Todo el parque está iluminado. Bueno es el Marqués para economizar luz eléctrica.

J. LUIS Entonces me resignaré. ¡Qué sacrificios impone la sociedad! ¡Feísima! (Salen riendo. Ya estarán en escena otras dos parejas. Leonor del brazo de Rafael y la Duquesa del brazo del Marqués: como son las últimas parejas pueden pasar más despacio que las anteriores.)

RAFAEL ¿Está usted triste, Leonor?

LEO. No, Rafael. (Con dulzura.)

RAFAEL Pues preocupada.

LEO. Acaso. ¡No me mire usted de ese modo, me da usted miedo! (Dice esto entre bromas y veras.)

RAFAEL ¡Siempre lo mismo! «¡Admiración, simpatía, respeto, miedo!»... ¡Eso dice usted, Leonor... y yo no puedo vivir así! ¡Me va usted á volver loco!

LEO. ¡No, por Dios! ¡Si usted se volviese loco, sería usted terrible!

RAFAEL ¿Quiere usted que hablemos esta noche seriamente?

LEO. ¡Como usted quiera... yo soy tan débil, tan cobarde!

RAFAEL ¡Y me dirá usted: «sí...» ó «no...» la verdad y para siempre!

LEO. Bueno... no se enfade usted... lo diré... sí ó no. (Salen por la izquierda. El Marqués y la Duquesa avanzan lentamente y se detienen de cuándo en cuándo.)

MARQ. La vieja aristocracia va desapareciendo... y no lo dude usted: no se renueva. Como nuestras dos casas quedan poquísimas: Montenevado y Llanorojo.

DUQ. Es verdad, Marqués; pero hay que resignarse. Montenevado, me parece que hace de-

masiado fresco... (Va bastante escotada y se estremece de frío.)

MARQ. Y no se renueva, porque se agotaron los *criaderos:* permítame usted que me exprese en estilo industrial. (Deteniéndose.)

DUQ. Todo se pega... todo es infeccioso... hasta las pulmonías. ¿Vamos, Marqués? (Dan unos pasos y el Marqués vuelve á detenerse.)

MARQ. ¿Y cómo ha de renovarse la aristocracia, Duquesa mía, si no hay guerras épicas, si no hay reconquistas, si no hay cruzadas: nada, nada: ¡esterilidad absoluta! ¡Ni árabes, ni turcos, ni mongoles, ni siquiera una modesta invasión de bárbaros!

DUQ. Pues bárbaros todavía quedan algunos.

MARQ. ¡Bah! Muy pocos.

DUQ. Y los hielos del Norte no deben estar lejos... (Tiritando.) ¿Vamos, Marqués? (Dan unos pasos.)

MARQ. ¿Bárbaros dice usted, Duquesa? ¡Bárbaros ridículos que tiemblan ante una pareja de orden público, ó ante un juez municipal! ¡*Atila* entre dos civiles! ¡Ese es nuestro siglo!

DUQ. Corre aquí un vientecito...

MARQ. Así es, que para que nuestra aristocracia no se extinga del todo...

DUQ. *Hay que abrigarla.* Vamos...

MARQ. Hay que renovarla como se pueda: con poderosos industriales, con ricos banqueros... ¡oro en vez de sangre! ó con políticos más ó menos elocuentes... ¡discursos en vez de mandobles! ¡Y hasta con hombres de ciencia!... ¿Qué escudo de armas se les da? ¿Dónde están los leones de bostezos más ó menos épicos? ¿Dónde las águilas con más ó menos cabezas?... ¿A dónde vamos, Duquesa? ¿á dónde vamos? (Han llegado cerca de la puerta de la izquierda.)

DUQ. A la sala más abrigada que tenga usted, Marqués.

(Salen los dos. Entran Alberto, Lorenzo, Carlos y vienen á sentarse á la derecha.)

LAC. 2.º (Al Lacayo 1.º) Ya podemos cerrar las puertas del parque. (Salen los dos.)

ESCENA IV

BARONESA y LUIS á la izquierda, fumando cigarrillos. ALBERTO, LÁZARO y CARLOS á la derecha, fumando puros

Alberto es aristócrata, vizconde; Lázaro, periodista; Carlos «sportman»

CARLOS ¡Gran comida!

ALB. ¡Sí... copiosa! pero sin refinamiento.

LÁZ. Ha sido aceptable; pero el vizconde tiene razón: todo bueno, nada exquisito. ¡En cambio los vinos!...

ALB. ¡Ante ellos *inclino la cabeza!*

CARLOS Lo creo... (Riendo.) No la inclines demasiado.

LÁZ. Y todos lo creemos... y *nos inclinamos.*

ALB. Ello es que en esta comida del Marqués he tenido una *decepción.*

LÁZ. ¿Una decepción?

ALB. Lo diré, ya que no nos oye el ilustre Marqués. Sólo vine para ver de cerca á la *novísima princesa italiana.* Y no ha venido.

CARLOS ¿Tú que sabes si es *novísima?*

ALB. Lo supongo, porque dicen que es muy joven: ¡y agregan que es *una hermosura.*

LÁZ. ¡Superior! Doy fe.

CARLOS ¿La tratas? ¡Estos periodistas tienen unos privilegios!...

LÁZ. Tuve el honor de que me presentasen á la princesa en la Embajada de Italia.

BAR. (Tomando parte en la conversación desde el otro extremo, pero bajando algo la voz.) Haga usted el favor de venir, Lázaro... porque no quiero hablar en voz alta.

LÁZ. (Acercándose.) Siempre á sus órdenes.

BAR. ¿Son *príncipes auténticos?* Porque hay casos de príncipes, que se introducen en la alta sociedad, y que luego resultan aventureros ó petardistas.

LÁZ. El príncipe Vitelli es nobleza florentina, anterior al siglo XV, que luego pasó á Ve-

necia, y luego extendió sus ramas por toda Italia.

BAR. ¿Usted lo afirma?

LÁZ. Lo afirmo.

ALB. Pues damos por auténtico al príncipe.

CARLOS Creo que es viejo.

LÁZ. No... cincuenta y tantos años: muy ilustrado, muy simpático, muy gran señor é inmensamente rico.

BAR. *Pasemos á la princesa.* ¿Les parece á ustedes?

CARLOS ¡Pasemos!...

(Todos asienten riendo y bromeando.)

BAR. Dicen que es muy hermosa.

LÁZ. ¡Admirable! Doy fe.

BAR. Parece usted notario mayor de la familia Vitelli.

CARLOS Yo defiendo á Lázaro: sobre la hermosura de la princesa la opinión es unánime.

BAR. ¿Pero quién es? ¿de dónde viene? ¿Es española, italiana, inglesa? ¿Es también *princesa auténtica?* Esto me parece más difícil.

LÁZ. Es legítima esposa del príncipe Vitelli, luego es princesa auténtica, haya sido lo que haya sido y venga de donde viniere.

ALB. Tienes razón: á la mujer no hay que hacerle más que una pregunta: si es hermosa. ¿Lo es? pues fué noble, ó es noble, ó puede serlo. La que entra como esclava en un harem puede al día siguiente ser *sultana.* Cortesanas llegaron á emperatrices en Bizancio. Reyes se han casado con pastoras. Cantineras se han sentado en un trono. Y la princesa Vitelli es hoy princesa Vitelli. ¡Vaya usted á saber lo que habrá sido! (Todos rien y aplauden.)

CARLOS ¡Chico, no te conocía como erudito!

LUIS Yo creo que agotaste tu erudición.

BAR. No es fácil que se remonte más.

ALB. ¡Me remonto!... ¡Hasta nuestra madre Eva! ¿Qué fué sino una aventurera? ¿De dónde vino? De una costilla, y falsa por añadidura, de Adan. Como quien dice del desperdicio de una operación quirúrgica. Sin embar-

go, por ella se perdió Adan, rey de la creación, y ella fué reina del Paraíso.

BAR. ¿Yo creo que procede aplaudirle?

CARLOS Pues le aplaudiremos. (Le aplauden y ríen.)

LÁZ. Y yo completaré la defensa.

BAR. Pero á usted no le aplaudimos.

LÁZ. Ni yo tengo la elocuencia del vizconde. La princesa es una mujer distinguidísima, de esmerada educación, de mucho talento, que habla tres ó cuatro idiomas: en fin, una gran dama.

BAR. ¡Como se entusiasma el periodista!

LÁZ. La prensa siempre está al lado de la justicia. Hace pocos días alabanzas en honor de Rafael Casasola por su admirable oración forense en defensa de esos pobres obreros de la huelga: la prensa defendía á los humildes. Hoy la prensa defiende á la princesa Vitelli: es decir, á los *poderosos maltratados* por sospechas infundadas.

BAR. Pues no se le aplaude á usted. Pero me doy por vencida, no me atrevo á luchar con la prensa. Creo y confieso que la princesa Vitelli tiene talento, es hermosa y de alto linaje.

CARLOS ¿Es al menos española esa maravilla?

LÁZ. No sé: me figuro que sí. Habla el español como una española.

ALB. ¿Y por qué no ha venido esta noche?

LÁZ. Les invitó el Marqués, pero tenían un compromiso anterior. De todas maneras vendrán luego: me consta.

BAR. ¡Hombre, hombre!... ¡le consta á usted!...

LÁZ. A la prensa le consta todo: lo sabe todo; y no dice por prudencia la mitad de lo que sabe.

CARLOS ¿Y esos príncipes, por lo visto, son muy amigos del Marqués?

LÁZ. Muy amigos. Se conocieron hace un año, en Niza, y Leonor y Carmen son amigas íntimas, inseparables. Diré más, Carmen es como la hermana mayor de Leonorcita: ejerce sobre ella una influencia decisiva.

BAR. Pero, ¿quién es Carmen?

LÁZ. La princesa, la princesa Carmen.

BAR. ¡Ah, se llama Carmen! Entonces debe ser española.

LÁZ. Yo creo que sí.

ESCENA V

BARONESA, ALBERTO, LÁZARO, CARLOS y LUIS que viene por la izquierda, con mucha animación

J. LUIS ¡Admirable! ¡Admirable! ¡Cómo habla!... ¡Qué hombre!... Rafael tiene un talento, que como vulgarmente se dice, *no le cabe en la cabeza.*

LÁZ. Préstale la tuya. (Con burla.)

J. LUIS No puedo desprenderme de ella: es recuerdo de familia. (Ríen.)

ALB. Pero oye tú... ¿qué ha ocurrido? ¿Es que el señor de Casasola pronunció otro discurso?

J. LUIS Casi, casi... ¡pero estupendo!

ALB. Pues francamente, ni la ocasión ni el sitio me parecen oportunos.

CARLOS No hay que censurar sin conocer los antecedentes.

J. LUIS Esta comida tiene un triple objeto. Celebrar el triunfo de Casasola. El Marqués es muy amigo suyo.

ALB. Lo sabemos.

J. LUIS Estrechar los lazos para el futuro enlace de Leonor y Rafael. Y poner á Rafael en relación con tres grandes electores del distrito del Marqués.

ALB. ¡Ya!

J. LUIS Y ahí tienen ustedes por qué se han reunido en el gabinete chinesco del Marqués los tres etectores; como si dijéramos los tres caciques, y Casasola con ellos.

ALB. Ahora comprendo el discurso.

BAR. Y el gabinete chinesco.

CARLOS ¿Y qué? ¿Se ha decido Rafael á salvar al país.

J. LUIS El país se salva á sí mismo: y todo eso me importa poco. Pero yo soy artista: amo lo

bello por ser bello y me entusiasma el talento y la elocuencia de Rafael, por ser talento y por ser elocuencia: sin ningún fin ultilitario.

LÁZ. ¡Oh, artista desinteresado!

CARLOS ¡Que desinteresada es una persona cuando tiene veintemil duros de renta!

BAR. ·Y qué elocuente cuando quiere tenerlos!

CARLOS ¡Bien por la Baronesa!

ALB. Tiene mucho talento Rafael... ¡tanto como la Baronesa!

TODOS ¡Mucho! ¡mucho!

BAR. (Levantándose.) ¡Luis, aquí ya no se puede estar: domina una benevolencia mortífera y hasta empalagosa! ¡El principe es auténtico y es un gran príncipe! ¡Carmen es auténtica y una gran dama! ¡Casasola un gran talento! ¡Y yo no le voy en zaga! ¡Aquí se habla bien de todo el mundo!... ¡Vámonos, Luis! (Salen por la izquierda.)

ESCENA VI

ALBERTO que, como se ha dicho, es vizconde; LÁZARO, que es periodista, y CARLOS, que es sportman

CARLOS Creo que la Baronesa tiene razón. Vamos á hablar mal de cualquiera.

ALB. Podíamos empezar por la Baronesa y Luis.

LÁZ. Ya otros agotaron ese tema.

ALB. Entonces de la princesa Vitelli; la ocasión es propicia: no la conocemos.

LÁZ. La conozco yo y la defiendo.

ALB. Evitemos las disidencias.

CARLOS Entonces hablemos mal de Casasola.

ALB. No veo inconveniente.

LÁZ. ¡Pues con él... y allá vosotros!

CARLOS ¿Y qué decimos?

ALB. Para comenzar podemos decir, que abusa de su talento, si es que lo tiene: de su elocuencia, que va resultando artificiosa; y de su buena suerte que le pone en camino de la vicaría con Leonor.

CARLOS ¡Irresistible! Es un hombre irresistible.

ALB. ¡Odioso! Y sobre todo, ¿quién es él? ¿De dónde viene? ¿A dónde va?

LÁZ. Ya lo digiste, á la vicaría.

ALB. ¿Pues de dónde viene?

LÁZ. De la Universidad: allí nos conocimos hace diez ó doce años.

CARLOS ¿Y qué era? ¿Un pobre diablo? ¿Un bohemio?

LÁZ. No tenía esas trazas. Vivía bien, mucho mejor que todos nosotros. Parecía de familia acomodada y nunca le faltaban treinta ó cuarenta duros en el bolsillo.

(Carlos y Alberto se miran contrariados: cómicamente contrariados)

CARLOS (A Alberto.) ¿Cómo explicas tú lo que dice Lázaro? ¡es muy extraño!

ALB. Se comía á sus pobres padres: les arruinaba: les chupaba el sudor.

CARLOS Acertaste.

ALB. Y además un perdido, que tenía suerte. Jugaba, ¿eh?

LÁZ. No: eso si que no.

ALB. Por decontado, mocero.

CARLOS ¡No exageres!... ese no es defecto en un hombre.

LÁZ. Su conducta era correcta.

CARLOS ¡Hipócrita y egoista!

ALB. El que no se pierde por las mujures, ese es el verdadero perdido.

LÁZ. Pues de Rafael... solo en una ocasión, hace seis años, se dijo que tenía una intriga amorosa. Pero la aventura quedó entre nieblas. Después se fué al extranjero... y no se volvió á hablar del asunto.

ALB. (Con entusiasmo.) ¡Claro como la luz!... Se fué al extranjero á llevarse á su víctima, á la joven seducida; eso es... á lejanas tierras para para evitar una causa criminal...

CARLOS Para abandonarla en cualquier bulevard de París, como se echa á la calle á un perro!... ¡Qué infamia!... ¡Qué hombre!...

ALB. Te digo que va resultando Rafael una excelente persona! ¡Pobre muchacha!... ¡yo hasta

sospecho un crimen!... ¡quizá asesinó á la infeliz!

LÁZ. No tan aprisa, señores; esa historia del crimen hay que reservarla para cuando Rafael sea ministro. Ahora dejémosle subir.

CARLOS De ningún modo, ¡abajo!

ALB. Abajo, y si hay algo más hondo, ¡más abajo!

CARLOS ¡No se deja subir á nadie!

LÁZ. Nos privamos del gusto de verle caer.

(Se detienen Alberto y Carlos y se miran con seriedad cómica: porque claro es que toda la escena es de broma.)

ALB. Esa es una razón... atendible.

CARLOS ¿Conque le dejamos subir transitoriamente?

ALB. ¡Dejémosle subir. Pero luego...

CARLOS ¡Al abismo!

LÁZ. ¿En compañía de la historia escandalosa?

ALB. ¡Cómo escandalosa! ¡Criminal! ¡Habíamos convenido en que fuese criminal! ¡Seducción, malos tratos, venta, abandono y asesinato!

CRLOS ¿Será bastante?

ALB. Para empezar creo que sí.

LÁZ. Basta, pues, de Rafael.

ALB. Pasemos á otro.

CARLOS ¿Al Marqués de Montenevado? (Bajando la voz, mirando alrededor y con misterio.) ¿No os parece que es un solemne mamarracho?

LÁZ. ¡Señores, estamos en su casa! ¡nos hemos sentado á su mesa! ¡hemos fumado sus habanos!... ¡Señores, un poco de respeto! ¡un poco de gratitud!

CARLOS ¡Gratitud!... ¡Respeto!... ¡Qué vejeces!

ALB. ¡Eso!... ¡eso!... *¡viejo juego, viejos moldes, atavismos!*... ¡Al Marqués!

LÁZ. ¡Lo habéis todo, qué más! ¡*Mamarracho*!

CARLOS Es poco. ¿No podría resultar criminal?

LÁZ. ¿Cómo?

ALB. Podría haber sido negrero... ¿qué te parece? (A Carlos.)

CARLOS No veo una gran dificultad.

LÁZ. Montenevado, ¿negrero? ¡Pobre inventiva!

ALB. Te has propuesto defender á todo el mundo. Y conste que no te creemos. No lo haces

por virtud ó bondad, sino porque te conviene estar bien con todos.

CARLOS Si te marchases... podríamos ponerte en estudio.

LÁZ. Pues me voy. (Se levanta.) Y no os llevo *en estudio* porque tenéis *poco que estudiar;* un vizconde que se aburre, un sportman que se divierte... Hasta luego.

CARLOS Vamos *con él.* (En voz alta para que lo oiga Lázaro: siempre en broma.)

ALB. ¡A él!... ¡un bohemio!

CARLOS ¿Le concedemos talento?

ALB. No creo que sea necesario. ¡Nada de concesiones!

LÁZ. (Deteniéndose en la puerta de la izquierda.) ¡Esperad!... ¡Esperad!... (Observando.)

ALB. ¿Qué hay?

LÁZ. Ahora llega.

CARLOS ¿Quién?

LÁZ. ¡Ella!

CARLOS ¿Quién es ella?

ALB. Así dijo Bretón. ¡Plagiario!

LÁZ. ¡Carmen!... ¡La princesa Carmen!... ¡La princesa Vitelli!... ¡Vamos, es una mujer encantadora!

CARLOS A ver... á ver...

ALB. Vamos á ver...

LÁZ. ¿Qué tal? (Se levantan y se asoman á la puerta de la izquierda.)

ALB. La primera vez en tu vida que tienes razón. Nada: *princesa auténtica.*

CARLOS Yo no sé si es hermosa, pero es muy simpática.

ALB. ¡Pero qué cosa tan estraña! Reparad en Casasola... ¿no le veis?

CARLOS Sí... se ha quedado como si fuese una estatua de piedra.

LÁZ. Es verdad... le habla aquella señora... y no atiende...

ALB. No separa la vista de la princesa.

CARLOS ¿La conocía?

LÁZ. No... Carmen ha llegado hace pocos días y Rafael estaba muy ocupado en la defensa de los huelguistas. La princesa me ha dicho

que no se conocen personalmente, aunque ella es admiradora del talento de Rafael.

CARLOS ¡Pues le ha dado flechazo! ¡Un hombre tan dueño de sí!...

ALB. Ya no lo es.

LÁZ. Parece que toma una resolución. Cruza la sala... mira á unos y á otros... busca á no sé quién...

ALB. Hacia aquí viene.

CARLOS Nosotros á pie firme. (Alberto, Carlos, Lázaro han vuelto á primer término y se sientan.)

ALB. Señores, amigos y cómplices, sigue en estudio don Rafael de Casasola.

ESCENA VII

ALBERTO, CARLOS, LÁZARO. Entra RAFAEL afectando indiferencia

ALB. Ya se dominó: este hombre tiene mucha fuerza de voluntad.

RAFAEL ¿Ustedes por aquí?...

ALB. ¿Tú por acá?

RAFAEL Huyendo del calor.

CARLOS ¡Y de los plácemes... y de las ovaciones!

ALB. ¡Y acaso de la princesa!...

RAFAEL (Con naturalidad.) ¿Qué princesa? ¿Hay princesas esta noche?

LÁZ. La princesa Vitelli... esa que acaba de entrar.

ALB. Tú bien la mirabas.

RAFAEL Sí, en efecto: he visto entrar una señora hermosísima... al menos desde lejos... pero no creí que fuese extranjera, ni menos princesa: ¿cómo dicen ustedes, princesa?...

LAZ. Vitelli.

RAFAEL Pues el tipo es español puro.

ALB. Creo yo que no está prohibido, ni es una novedad, que un príncipe italiano se case con una española.

RAFAEL Tienes razón. (Se sienta y fuma tranquilamente.)

CARLOS Hasta el nombre indica que es española.

RAFAEL ¿Cuál es?

CARLOS Carmen.

RAFAEL (Sin poder dominarse.) ¡Carmen!... (Dominándose.) Tiene usted razón, Carlos, debe ser española. Y hasta creí encontrar en la princesa Carmen, algo del tipo de las mujeres de mi tierra. (Riendo.) Todas parecen princesas.

ALB. Ya lo vimos.

RAFAEL ¿Alguno de ustedes la trata?

CARLOS Unicamente Lázaro.

LÁZ. Privilegios de la prensa.

RAFAEL De modo que es usted amigo suyo.

LÁZ. Tengo ese honor.

RAFAEL Y esa dicha. (Ha recobrado su sangre fría.) Debe ser una mujer deliciosa. ¿Y hace mucho que llegó á Madrid?

LÁZ. Muy pocos días.

RAFAEL Pues pronto hizo amistad con el Marqués.

LÁZ. Eran ya amigos: se conocieron este último invierno en Niza.

RAFAEL Ya.

LÁZ. Simpatizaron mucho ella y Leonor.

RAFAEL Es natural: la belleza simpatiza con la belleza. (Pausa. Rafael fuma afectando indiferencia.) ¿No cuentan ustedes nada?

ALB. El mundo es cada vez más soso: claro, *toda la sal se fué á los mares*.

LÁZ. Muy rebuscado, querido Alberto... ¡Malo, malo, malo!...

RAFAEL Y usted, Lázaro, ilustre periodista, ¿tampoco cuenta nada? Al menos de esa novísima princesa.

LÁZ. Que es una de sus más entusiastas admiradoras. Conoce todo lo que ha escrito usted y ha leído su admirable defensa.

RAFAEL ¡Qué fortuna la mía! Los amigos me celebran; la prensa me aplaude; las princesas me admiran. ¿Qué me falta?

ALB. ¡Que te presenten á ella!

RAFAEL ¿Si usted no tiene inconveniente? (A Lázaro.)

LÁZ. Ninguno... y será una honra para mí.

RAFAEL Es decir, si cree que no hay indiscreción.

LÁZ. ¡Por Dios, amigo Casasola!... Si ella lo está deseando.

RAFAEL ¡Ella!... Entonces... luego... ahora... (Sin poder

dominar la impaciencia.) Yo nunca dejo para mañana lo que puedo hacer hoy... ¿Vamos?

LÁZ. Vamos allá...

RAFAEL En el salón estaba hace un momento. Y si no está ya le buscaremos. Hasta luego. (A Alberto y Carlos.)

ALB. Ya nos contarás tus impresiones.

RAFAEL Por decontado. (Salen Rafael y Lazaro por la izquierda.)

ESCENA VIII

ALBERTO y CARLOS

ALB. Si yo no fuera vizconde sería un *detective* notable.

CARLOS ¿Por qué dices eso?

ALB. Porque en la broma de antes yo creo que hay fondo de verdad.

CARLOS ¿Un drama?

ALB. Un drama en un salón: drama que no se hace visible con los colores rabiosos del melodrama; que se mantiene silencioso y severo; acaso trágico.

CARLOS ¿Sabes lo que eres, Alberto? Un autor dramático. No sé si bueno ó malo, malo probablemente, pero autor dramático.

ALB. Pues sigamos con el argumento, y para ello... vamos á presenciar la presentación de Rafael á la princesa.

CARLOS Como tú quieras. (Van á salir por la izquierda, pero se detienen porque ven venir por el parque á Carmen y Leonor.)

ALB. Falsa maniobra. Rafael va á buscar á la princesa, y la princesa viene con Leonor.

CARLOS ¿Y qué hacemos?

ALB. ¿Y lo dudas? No permitir que el drama decaiga: dar el aviso á Rafael.

CARLOS ¡Corriente! (Salen por la izquierda.)

ESCENA IX

CARMEN y LEONOR que viene del parque y se sientan

CAR. ¿Pero tú estás enamorada ó no de ese señor de Casasola? ¿Le quieres ó no le quieres?

LEO. No te digo que no lo sé.

CAR. Vamos... si no tienes confianza en mí... hablemos de otra cosa. Tu recepción es brillante, muy brillante, querida mía.

LEO. (Con timidez y miedo de niña.) ¡No te enfades conmigo! Eres mi única amiga, casi mi hermana... ¿Te acuerdas lo que me dijiste en Niza la primera vez que nos hablamos? «He simpatizado tanto con usted, que me parece que la he adivinado á usted sin conocerla, y que he venido expresamente á buscarla.»

CAR. Es cierto, y yo digo siempre la verdad: *te buscaba.*

LEO. ¡Qué buena eres!

CAR. Muy buena, y no tienes confianza en mí.

LEO. Si te digo la verdad: si no sé si estoy ó no enamorada de Rafael.

CAR. Pues le tratas hace más de dos años: de suerte que has tenido tiempo de averiguar lo que sienta tu corazóncito por ese hombre.

LEO. Pues no lo sé.

CAR. Entonces, ¿á quién se lo preguntamos? ¿Se lo preguntaremos á Rafael?

LEO. No se lo preguntes á él: es tan vanidoso que dirá *que sí.*

CAR. Y tendrá razón. ¡Los hombres no suelen equivocarse: quienes se equivocan son las mjeres, como imbéciles que son... que somos! Tú eres un angelito... y contigo no va nada... ¡Pero las mujeres, son imbéciles, imbéciles, imbéciles! (Exaltándose: luego se contiene y se echa á reir.) ¿Cómo me miras? ¿Te da miedo lo que digo?

LEO. ¡Un poco!... ¡Tú sabes mucho, tienes tanto talento como Rafael!

CAR. Tanto talento no sé... Pero conmigo no jugaría impunemente como juega contigo.

LEO. ¡No, si á mí no me hace nada malo! ¡Conmigo es apasionado, humilde, cariñoso!... Si acaso *quien juega con él soy yo...* que un día le doy esperanzas... y al siguiente me da miedo y huyo. (Todo con inocencia.)

CAR. ¡Vamos... le quieres! (En el fondo con algo de lástima.)

LEO. Me figuro que sí. Por eso te pido que me ayudes. Es preciso que trates á Rafael, y que me digas lo que piensas de *ese sabio*, y en fin, que me aconsejes.

CAR. (Riendo.) ¡Bueno... bueno... caprichosilla! Hablaré con él esta noche... Ya le he dicho á Lázaro que me lo presente, y procuraré penetrar en su alma, y te aconsejaré.

LEO. ¡Gracias, Carmen, gracias!

CAR. Desde que en Niza me hablaste de esos amoríos empecé á recoger antecedentes del señor de Casasola. (Con misterio.)

LEO. ¿De veras? ¡Cómo te lo agradezco! ¡Cómo te interesas por mí! ¡Eres un ángel, Carmencita! ¡Si al fin me caso tú serás la madrina!

CAR. ¡Yo!... ¡Dices que yo!... (Riendo nerviosamente.) ¡Qué idea!... ¡Pobre criatura!

LEO. Sí... tú... ¿por qué no?... Lo ves, ¡ya me miras con esos ojos que me dan miedo!

CAR. Yo sé bastante de Rafael... Como te he dicho, recogí antecedentes de ese señor y de su familia. Pero aunque haya reunido varias noticias, bueno es que conozca las tuyas.

LEO. Pues atiende. Rafael tiene mucho talento.

CAR. ¡Mucho!

LEO. Lo dice mi padre y agrega «¡que será algo muy grande en España!»

CAR. Lo creo.

LEO. Su familia es distinguida y casi noble: hidalgos linajudos de la montaña. Lo dice mi padre. ¿No sabes tú lo mismo?

CAR. Sé que los padres de Rafael tienen la mayor de las noblezas: *la del alma.*

LEO. Pues vamos bien.

CAR. Hasta ahora, muy bien.

LEO. No tiene fortuna: Pero eso es lo de menos. Yo soy muy rica: lo dice mi padre. ¡Poderosa! ¡qué tonterías!

CAR. ¡Qué inocente!

LEO. Que Rafael me quiere mucho... no cabe duda.

CAR. Pues entonces ¿por qué dudas tú? ¿qué más pides?

LEO. ¡Pido más!... ¡Todo eso no basta!... ¡Para mí no basta!... ¡No basta!... (Con terquedad de niña.) Necesito saber una cosa y que me la averigües.

CAR. ¿Qué?

LEO. (En voz baja.) ¡Si Rafael tiene corazón! ó si es seco, egoista, calculador, como dicen sus enemigos ¡porque los tiene! Mira tú qué malo es el mundo ¡tener enemigos Rafael!

CAR. Pues no les créas.

LEO. Es que yo también dudo y quiero saber *fi-fijamente, fijamente,* Siempre con terquedad de niña) si Rafael es cariñoso, si sabe sentir como yo siento, si sabe llorar como yo, cuando sea preciso llorar.

CAR. ¡En un hombre es gran vergüenza! ¡Leonor, no seas exigente!

LEO. Bueno, pues que se conmueva de cuándo en cuándo; que se le llenen los ojos de lágrimas, aunque no le caigan lagrimones como á nosotras.

CAR. ¿Cómo se averigua en *dos ó tres* horas si un hombre *tiene corazón?* (Riendo.) Pasan años y no se sabe.

LEO. Eso digo yo. Claro: ¡Imposible!... ¡imposible! No podemos averiguarlo.

CAR. (Con resolución y misterio.) Sí, tonta. ¡Lo averiguaremos esta noche! Y si no llora, dí que es un infame.

LEO. ¿Pero cómo?...

CAR. Es una pequeña conspiración... una conjura... que hemos tramado entre Lázaro, ese periodista tan simpático, y yo.

LEO. Cuenta... cuenta... ¡qué alegría!

CAR. No puede ser: por ahora es un secreto.

LEO. Como tú quieras. ¡Qué raro! ¡Todos conspi-

rando en mi favor y yo sin saber nada... sin comprender nada... en Babia, hija, en Babia!... Yo soy un poco tonta, ¿verdad, Carmen?

CAR. ¡Tú eres un ángel! Veremos esta noche si Rafael es tu ideal.

LEO. ¿Y yo qué debo hacer?

CAR. Nada. Cuando me presenten á Rafael, con cualquier pretexto nos dejas á los dos solos... para que yo le estudie, le observe, le ponga á prueba.

LEO. No tengas miedo. Os dejaré solos.

CAR. Fía en mí. Me parece que viene con Lázaro.

LEO. ¡Cómo me late el corazón! Decididamente le quiero... pero no sé... no sé...

ESCENA X

CARMEN, LEONOR, RAFAEL y LÁZARO

LÁZ. ¿Me permite usted, Leonor, que tenga la honra de presentar á la Princesa, con cuyo beneplácito ya cuento, al señor de Casasola?

LEO. Pues no lo permito, amigo mío; porque le disputo á usted esa honra, y yo seré quien haga la presentación.

LÁZ. Lo sentiré yo; pero lo agradecerá Rafael.

LEO. Querida Carmen, tengo el gusto de presentarte al señor de Casasola, gran amigo de papá y de todos nosotros; y de quien nada digo, porque si no personalmente, le conoces por sus escritos y por su fama. (Rafael se inclina.)

CAR. (Tendiéndole la mano y conmovida á pesar suyo.) Señor de... Señor de Casasola... verdaderamente yo le conocía á usted hace mucho tiempo... por sus... (Iba á decir infamias pero se contiene.) infinitos triunfos...

RAFAEL ¡Es usted muy amable!... Y yo también hace mucho tiempo que deseaba ponerme á los pies de usted, Princesa.

CAR. De modo que puede decirse que somos... antiguos conocidos...

LEO. Y ahora me van ustedes á permitir que les deje solos, porque tengo que cumplirle al vizconde una palabra: enseñarle un álbum curiosísimo que del Japón le han mandado á papá: unas fotografías de la *Santa montaña de Nikko:* ¡qué prodigios! ¡Qué templos! ¡qué dioses!

LÁZ. Yo creo, digan lo que quieran, que en cierto modo, el arte japonés es el precursor de nuestro modernismo... ó tiene con él afinidades.

LEO. Pues venga usted si le interesan esas cosas extrañas.

LÁZ. Con mucho gusto.

LEO. (A Carmen y Rafael.) Quedan ustedes solos... y pueden ustedes hablar de todo... Hasta de esas cosas que discute usted con papá... ¡El problema obrero!... y la transformación social... ¡Qué mareo!... Pero Carmen entiende de todo eso... ha viajado muchísimo... ya verá usted, ya verá usted, Rafael, ¡qué cosas le dice! ¡le va á poner á usted en un apuro!... Vamos... (A Lázaro que le da el brazo.) Hasta luego y que no riñan ustedes aunque no tengan la misma opinión. (Salen por el fondo Leonor y Lázaro.)

ESCENA XI

CARMEN y RAFAEL. Pausa muy larga: se miran fijamente

CAR. Siéntese usted... (Se sientan.)

RAFAEL Princesa... (Carmen ríe con risa estridente.) Si no existieran parecidos maravillosos, coincidencias inverosímiles, yo diría, princesa... (Carmen vuelve á reir) que era usted una persona... á quien yo conocí en otro tiempo.

CAR. Pero como esos parecidos maravillosos no existen, ni esas coincidencias novelescas tampoco, dirá usted de seguro que yo soy...

RAFAEL Carmen.

CAR. Como yo digo sin ninguno de esos escrúpulos que eres Rafael. (Pausa.)

RAFAEL De todas maneras es muy extraño, que nos encontremos aquí los dos, trente á frente, después de cinco ó seis años... No sé... desde hace tanto tiempo que nos separamos.

CAR. Extraño no; porque yo te seguía, te buscaba... y te encuentro. Pero aunque no lo sea, comprendo que te parezca extraño. Porque ¿qué sería lo natural? Me sacas de mi casa, me traes á Madrid con promesas de amor eterno y de boda prosáica, te cansas de Carmen, y como á un perro que nos estorba se le arrastra á un barrio lejano, para que no sepa volver á casa ó para que encuentre otro dueño y no nos moleste más, así me llevas al extranjero, y de la noche á la mañana... ¡allá se queda Carmen!...

RAFAEL (Friamente.) ¡Pintas las cosas de un modo!

CAR. Pues déjame que acabe de pintarlas. Y repito lo que decía antes. ¿Qué sería lo natural en este caso? Que me hubiera muerto de desesperación, de vergüenza, de dolor; en todo caso, que no me hubieras vuelto á ver nunca. ¡Esto era lo natural y no que nos encontrásemos aquí!

RAFAEL Melodrama puro.

CAR. No: melodrama impuro. Y ya ves, no ha sido ese el desenlace, querido Rafael! Te encuentras conmigo, pero en alta posición, más alta que la tuya, á pesar de tu talento; porque soy princesa... nos podemos reir los dos, que nos conocemos, de ese título; pero la sociedad no se ríe, y me respeta. Y soy esposa legítima de un hombre de corazón, á quien yo no podré amar; pero á quien respetaré siempre y querré como á un padre. Es decir, que tropiezas de pronto en los salones de tu futuro suegro con la pobre Carmen, pero arrogante, poderosa, airada, vengativa, llamándote miserable, miserable y miserable!... (Se levanta furiosa y dice esto último en voz alta.)

(En este momento pasan por el fondo Lázaro y Leonor y se detienen.)

LÁZ. Ya riñen.

LEO. (Riendo.) Pronto han empezado.

LÁZ. ¡Sobre la cuestión social debe ser!

RAFAEL ¡Tiene usted razón, princesa! ¡tiene usted razón! (Se levanta: los dos en pie.) Yo digo como usted, con tanta pasión como usted: «¡Miserable, miserable, miserable... el patrono rico y egoísta que explota al desdichado obrero!» El mal es evidente; pero, ¿y el remedio? (En voz baja.) (Disimula, Carmen, que comprometes á tu príncipe. Pueden oirnos.) Cálmese usted, princesa; domine usted su generosa indignación... y sigamos discutiendo. (Le invita á sentarse: se sientan los dos.) ¿Cuál es el remedio inmediato, eficaz, práctico para estas infamias sociales? Sírvase usted responderme.

CAR. Si no el remedio... ¡el castigo, la venganza!

RAFAEL ¡Pero usted es anarquista, princesa! (Riendo.) (Pasan y desaparecen Leonor y Lázaro. Rafael observa que se han marchado.) Hablemos en voz baja... En primer lugar, yo no te saqué de tu casa.

CAR. Es cierto... tú nunca te comprometes por ligereza. Hiciste que yo fuese á buscarte á Madrid. ¡No hubo rapto... no! Eres tan hábil como infame... ¡infame!... ¡infame!... (Esto último en voz alta, sin poder contenerse.)

RAFAEL ¡Otra vez!... Por Dios, Carmen, óyeme... y después harás lo que quieras. Te olvidas... claro, te falta la costumbre... de que eres princesa, una noble dama, y que las princesas no gritan ni escandalizan en los salones aristocráticos. ¿Qué diría el príncipe Vitelli si te oyera? (Con ironía.)

CAR. (Que en esta escena, aunque procura contenerse, está dominada por la pasión, al contrario que Rafael, que permanece frío y dueño de sí.) Estaría á mi lado; conmigo, para defenderme. Yo no le engañé, conoce toda mi historia. ¿No lo sabes, miserable? ¡es un noble corazón, un caballero! ¿Tú crees que todos son como tú?

RAFAEL Pero, ¿qué pretendes, Carmen? ¿qué proyectas? ¿Dar un escándalo? ¡Esos son, como ahora se dice, *viejos moldes*, querida Carmen!

¡Final de un acto, en un drama á la antigua usanza romántica! Tú, en pie, arrogante, hermosísima, insultándome con gritos de casa de vecindad y vocabulario de plazuela; la gente asomándose por esas puertas asombrada y curiosa; yo, anonadado, no cabe dude, pero al fin revolviéndome contra tus insolencias; el príncipe, acudiendo á tu defensa y desafiándome, y al fin, tú dando un grito y desmayándote, ó en los brazos del príncipe, ó sobre el santo suelo, que es de efecto más seguro. ¡Tableau! (Riendo con risa fina.) No está mal: es una situación que interesa si está bien representada y nosotros la representaríamos bien; pero es una situación gastada.

CAR. ¿Y las maldades se gastan?

RAFAEL No: esas son eternas. En suma, que todo eso es ya de mal gusto; ¡y tú tienes tan buen gusto, Carmen querida!

CAR. Es que la venganza tendrá buen gusto ó mal gusto; pero muy sabroso, y esa también es eterna.

RAFAEL De otro modo. En voz baja, con notas dulces de murmuración y susurros de calumnia. Mira tú, Carmen, en voz baja, sin escandalizar, ¡podemos decirnos horrores! Todos los que tú quieras.

CAR. (En voz baja, sonriendo, acercándose mucho á Rafael.) Bueno; pues te desprecio, te odio, procuraré arruinar tus ambiciones, porque eres un infame, un miserable, un canalla.

RAFAEL ¿Ves tú? así está bien: y yo sonrío y nadie se entera.

CAR. Sigues tan villano como siempre.

RAFAEL Pero tú no levantes la voz. ¿Desistes de tus proyectos de venganza?

CAR. No, eso no. Tarde ó temprano te aplastaré... ¡te aborrezco!

RAFAEL (Riendo.) Carmen, creo que estamos rejuveneciendo nuestros amores. Antes me amabas sencillamente. Ahora me aborreces. Otra forma del amor. Amor con salsa muy *relevé* de odio, es acaso preferible al amor inocen-

te y dulzarrón. Yo sigo amándote de todas maneras: conviene que lo sepas.

CAR. Pues sigue, que yo también seguiré. (Pausa.)

RAFAEL ¿Qué piensas, Carmen?

CAR. Y si yo le dijese al noble Marqués que tu familia no sólo es pobre, modesta, familia de rústicos, sino que en tu pueblo se dice que sois de *raza infame*; que á uno de vuestros abuelos le ahorcaron en la plaza por salteador de caminos, y que por eso os llamais los del *corredizo*, aludiendo al nudo corredizo que le echaron al cuello á tu noble ascendiente; como os llamais Casasola, porque nadie quería vivir cerca de vosotros... si yo le contase todo esto al Marqués, ¿crees tú que consentiría en tu boda con Leonor?

RAFAEL ¡Qué fantástica eres! Esa historia es como tantas otras, disparatadas y absurdas, que se cuentan de todo el que se eleva. El Marqués no creerá en la mia, para que los demás no crean en la suya; que no se refiere precisamente á la época de las cruzadas. Por lo demás, un salteador de caminos es un héroe malogrado por excesos de la moderna civilización.

CAR. ¿Pero y tus padres y tus hermanos?

RAFAEL El Marqués *conoce la situación de mi familia*: ¿me crees tan torpe que me enredase en cuentos y mentiras?

CAR. ¿Y el Marqués te acepta á pesar de todo?

RAFAEL El Marqués es muy vanidoso; pero es muy práctico y comprende, que le conviene un hombre como yo, para reforzar su familia que se compone de imbéciles.

CAR. ¿Y acepta la tuya? ¿Tus padres y tus hermanos asistirán á vuestra boda? ¡Y también Blas y Antonia! ¡Será curioso y pintoresco! ¡La democracia del terruño en los dorados salones del cruzado!

RAFAEL No vendrán á la boda, ni vendrán nunca á Madrid y se evitará todo lo que pudiera ser ridículo para el Marqués y humillante para mí. Lo que ha de hacerse está ya convenido entre el Marqués y yo.

CAR. ¡Ah!... ¿De modo que reniegas de los tuyos, de tus padres, de tus hermanos, de los que por tí han sacrificado su vida entera? Porque te has elevado gracias á ellos, ¿te crees con derecho para escupirles tus desdenes, gritando á voz en cuello: que no se me acerquen, que me manchan, los pobres, los desgraciados. ¿Cómo llamarte si ya agoté el vocabulario del desprecio? ¡Miserable, canalla, infame, villano!... ¿Queda algo?... ¿queda algo?... ¡qué pobre es nuestra lengua!

RAFAEL ¡Otra vez, Carmen! ¡palabras, gritos!... ¡Nada, que no pierdes la costumbre!

CAR. Si yo no me vengara de tí, por mí y por aquellos ¡me volvería loca!

RAFAEL Si ya lo estás.

CAR. ¡Tú no te casas con Leonor! (En voz baja.)

RAFAEL ¿Por qué?

CAR. Porque yo lo impediré.

RAFAEL ¿Cómo?

CAR. Ya lo verás.

RAFAEL ¿Cuándo?

CAR. Esta misma noche.

RAFAEL ¿Tan pronto?

CAR. Estas cosas deben ser rápidas.

RAFAEL Estamos conformes.

CAR. Aunque el Marqués te acepte, Leonor te rechazará.

RAFAEL ¿Sin escándalo?

CAR. Sin escándalo: me convenciste.

RAFAEL Pues entonces, ¿por qué ha de rechazarme?

CAR. Porque esa niña, que es un ángel, sabrá que no tienes corazón.

RAFAEL (Riendo.) ¡Es curioso! ¿Y cómo ha de averiguar esa deficiencia de mi organismo?

CAR. Es mi secreto.

RAFAEL (Observa que viene gente: se levanta y saluda.) Princesa, respeto sus opiniones (y sus secretos). (Esto último en voz baja é irónica.)

ESCENA XII

CARMEN, RAFAEL, LEONOR, MARQUÉS, ALBERTO y LÁZARO

LEO. ¿Acabaron ustedes su discusión?

CAR. Hace rato.

MARQ. ¿De manera que ya han tenido ocasión de conocerse el ilustre señor de Casasola y la bellísima princesa?

RAFAEL Ya nos conocemos... y como si nos hubiéramos conocido toda la vida.

CAR. ¡Oh! á mí pronto se me conoce...

ALB. ¿Y de qué han hablado ustedes? si no es un secreto.. Perdonen ustedes, pero Leonor me obliga á dirigirles esta pregunta.

LEO. ¡Ay, qué charlatán es usted, vizconde!

RAFAEL Hemos hablado de muchas cosas: del arte moderno, del socialismo...

CAR. Y de nuestras desastrosas guerras coloniales.

RAFAEL Justamente: ahí vinimos á parar. (Mirando fijamente á Carmen.)

CAR. Y á propósito de esas tristísimas guerras empezaba yo á referir al señor de Casasola un episodio muy dramático que he leído en el periódico de usted. (A Lázaro.)

LÁZ. ¡Ah... sí... es verdad... muy dramático!...

CAR. Un episodio que acaso le interese al señor de Casasola.

RAFAEL ¿A mí? ¡A mí!

CAR. Como no llegué á explicarlo, por eso le causa á usted extrañeza lo que digo. Pero es un episodio muy conmovedor: me hizo llorar.

LEO. Sí... ya sé... Lázaro me lo acaba de leer: «La vuelta de un repatriado.»

CAR. Eso mismo.

MARQ. Pues siga usted, yo se lo ruego; siga usted refiriendo el episodio, que por usted referido, no sólo á Rafael, sino á todos ha de interesarnos grandemente.

RAFAEL Perdonen ustedes, pero ante todo yo quisiera que me explicase usted, princesa, por qué ha de interesarme á mí más que á otro

cualquiera esa dramática historia. (A Carmen en tono de desafío.)

CAR. ¿No lo ha leído usted? (A Rafael.)

RAFAEL No.

CAR. ¿Hace mucho tiempo que no tiene usted noticias de su pueblo?... ¿no le ha escrito á usted su familia?... Perdone usted la pregunta, que se enlaza con nuestro asunto.

MARQ. ¡Qué talento tiene la princesa para rodear las cosas de un ambiente misterioso!

RAFAEL Hace mucho tiempo que no sé nada... sé que están buenos... pero no me escriben...

CAR. Pues entonces le cogerá á usted de nuevas el suceso... porque es muy reciente... El drama, porque es un drama, ha ocurrido en el pueblo en que vive su familia de usted, Casa-sola... «Rinconada de la Sierra...» según me ha dicho Leonor... ¿No es así?

RAFAEL Sí... ese es el nombre... Allá pasé mi niñez y una buena parte de mi juventud, hasta que viene á Madrid á estudiar.

CAR. Pues antonces habrá usted conocido, y acaso recuerde, á los personajes que figuran en este pequeño drama de aldea.

RAFAEL Es posible. . conocía á todo el mundo... teníamos muchos colonos en casa... Ya comprendo. Gracias, princesa, por las explicaciones.

ALB. Esto va siendo muy interesante.

LEO. ¡Interesantísimo!

MARQ. Cosa extraña en esta época de la *platitud* en que todo es *banal*

ALB. No siempre hemos de estar en la época de las cruzadas, Marqués.

MARQ. No pido tanto. Guy de Lusignan... Saladino... pasaron...

ALB. Y usted llegó.

LÁZ. En la sucesión de los tiempos era natural que llegase el Marqués.

MARQ. Muy bien. Lázaro. Siga, siga, princesa.

CAR. Pues se trata de una pobre familia... creo que les llamaban *los del corredizo*... ¿No dice así el artículo, Lázaro?

LÁZ. Eso dice el cronista.

CAR. ¿Los conoció usted, Casasola?

RAFAEL Sí. Antiguos colonos de mis padres... buena gente. (Siempre en tono de reto.)

CAR. El se llamaba Pedro.

RAFAEL ¡Cuántas veces me tuvo en sus rodillas cuando yo era muy niño!... (Queda pensativo.)

CAR. La mujer de Pedro... no dice el artículo cómo se llamaba.

RAFAEL Yo no me acuerdo tampoco. (Se va poniendo algo sombrío.)

CAR. Pero dicen que era muy buena...

RAFAEL ¡Una santa!... ¡eso sí!... ¡una santa!

CAR. Tenían tres hijos: Tomás, Vicente...

RAFAEL ¡Y Pacorro!... ¡Cuántas veces jugamos... en el jardín de casa! ¡Pobre Pacorro!

CAR. Eran los tiempos que precedieron á la guerra, amenazadores ya, y la familia del tío Pedro vendió ó hipotecó cuanto le quedaba para sacar seis ú ocho mil reales y redimir á Pacorro.

RAFAEL Sí... lo recuerdo... y mi familia contribuyó con algo. (Con aplomo cínico. Carmen le mira fijamente con burla.)

CAR. ¡Qué!... (Va á decir qué «cinismo» pero se detiene.)

MARQ. ¿Qué decía usted, princesa?

CAR. Que... que voy á concluir. Pacorro era un alma noble, un joven valeroso, y cuando cayó soldado no quiso aceptar el sacrificio de sus padres. «Ese dinero, dijo, para dote de mi hermana. Yo me voy á la guerra.»

RAFAEL ¡Hermana!... De esa no me acuerdo... Acaso llegaré á general, nos anunciaba el pobre Pacorro. Yo le protegí cuanto pude. Creo que es sargento. ¿Falta mucho?

CAR. Muy poco. Acabó la maldita guerra: volvieron los repatriados: también Pacorro. Y el padre y la madre salieron á la estación á esperar el tren en que venía su hijo. Era costumbre de aquella buena gente salir al encuentro de sus hijos cuando volvían de algún viaje. ¿Es cierto, Casasola?

RAFAEL Es cierto. (Con tono algo triste.)

CAR. ¡El tren llegó: se detuvo: los repatriados se asomaban á las ventanillas de los coches.

Pedro y su mujer recorrieron la prolongada y siniestra fila una, dos y tres veces, mirando aquellas caras amarillas, descarnadas, de ojos hundidos, de labios despellejados por la fiebre; galerías de espectros con muecas de agonía... pero no encontraban á Pacorro, no estaba Pacorro, no veían por ninguna parte aquella cara sana, redonda, rebosando vida! ¡No estaba! ¡No estaba!... Pero uno de aquellos espectros se agitaba sin fuerza, y movía la boca abriéndola y cerrándola para decir algo que no se oía. ¿Qué dice ese, dijo el padre? No sé, dijo la madre. Y se acercaron... y le preguntaron desde abajo: «Oye, tú, conoces á Pacorro?» El pobre soldado hizo un esfuerzo, y se le oyó gemir: «madre, padre.» Bregó por abrir la ventanilla: entre dos compañeros le bajaron; y entonces, en el andén, tres seres humanos formaron un montón de gritos, de besos, de llantos, de desesperación y de muerte. Murió Pacorro... no: acabó de morir. Pedro murió de un ataque cerebral al día siguiente. La madre, se dice si perderá la razón. Eso ha pasado hace tres ó cuatro días, según el artículo que publica el periódico. (Rafael retrocede unos pasos, se cubre los ojos con una mano, con la otra se apoya en una mesa ó en un sillón para no caer: en fin, esto queda para el actor)

LEO. (Se limpia los ojos llenos de lágrimas.) ¡Qué tristeza! ¡qué pena!... ¿Pero qué tiene usted, Rafael?

ALB. ¿Se siente usted malo, Casasola?

LÁZ. Sí... está muy pálido...

MARQ. ¿Qué es eso?... ¿qué le pasa?... (Todos acuden á él.)

RAFAEL Nada... no es nada... digo que no es nada. Dispensen ustedes: esa relación es muy triste... conocí mucho... quise mucho en mi niñez á esa pobre gente... ¡Pobre Pacorro!... ¡Pobres padres!... ¡Perdonen ustedes, no siempre es uno dueño de sus nervios!

LEO. (A Carmen en voz baja.) ¡Gracias, Carmen! ¡Qué alegría! ¡Tiene corazón! ¡mucho corazón!

CAR. (A Leonor lo mismo.) ¿Tú crees?... ¡Más de lo que yo pensaba!... ¿Pero tú crees?...

LEO. ¡Lo estás viendo!

CAR. (Aparte.) ¿Lo siente ó lo finge?

(Leonor se acerca á su padre y hablan en voz baja. Le dirá seguramente: Sí sí, le quiero: acepto.)

RAFAEL Repito que estoy bien: ¡sensiblerías impropias de mis años! Perdone usted, Marqués.

MARQ. Sensiblerías hasta cierto punto respetables, y no indignas del todo, de un hombre de estado. Tranquilícese usted. ¡Basta de tristezas! El resto de la noche debe ser para la alegría. Les anuncio á ustedes, á los íntimos, las próximas bodas de Leonor y Rafael.

(Todos rodean á Rafael y Leonor, dándoles la enhorabuena.)

CAR. ¡Mi enhorabuena, Casasola! (Aparte.) Venciste, histrión.

RAFAEL Gracias, princesa... A usted le deberé la felicidad de toda mi vida. (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

Personajes del acto segundo

RAFAELA............................	SRA.	GUERRERO.
CARMEN		ROCA.
ANTONIA............................	SRTA.	MARTÍNEZ.
RAFAEL.............................	SR.	DÍAZ DE MENDOZA (F.)
VICENTE............................		GUERRERO.
TOMÁS..............................		JUSTE.
BLAS...............................		SANTIAGO.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del prólogo

ESCENA PRIMERA

Es el anochecer: ya casi de noche. La habitación en oscuridad completa. En la puerta poquísima claridad. Fuera la luz de la luna: se ve la faja blanca del camino que enfila de frente. La puerta de par en par: las dos hojas abren hacia dentro. La escena completamente sola. BLAS algo más viejo y más bestia que en el prólogo, presentándose en la puerta del fondo, y en ella se detiene

¡Buenas noches! ¡Todos y la compañía! Como está oscuro no veo á nadie. (Pausa.) ¿Eh?... ¿nadie dice nada? Yo creo que no hay nadie y entonces no puedo ver á ninguno. ¡Rafaela!... ¡Señora Rafaela!... Se habrá acabado de volver loca y por eso no contesta. ¡Señora Rafaela!... ¡Que si quieres! (Asomando casi á tientas) ¡Señor Pedro!... ¡Señor Pedro!... ¡Ah!... no... el señor Pedro se murió; y por eso, digo yo, que no me contesta. (Riendo con risa estúpida.) Los muertos no contestan y hacen bien: así se ahorran de andar en contestaciones. ¡Pacorro!... ¡Toma seré bestia!... Pacorro se fué con su padre. ¡No discreparon ni veinticuatro horas! Con ellos podía uno entenderse. ¡Pero con la señora Rafaela no hay manera!... ¡Desde que

pasó aquello, está más loca que una espuerta de gatos. (Andando á tientas de un lado para otro.) ¡Yo creo que todos se han muerto! ¡Esta casa es la casa de los muertos! Por eso está tan desamparada y tan sola... Ya... ya... por eso la llaman *Casasola* ¡Ahora caigo, si seré bestia! Llamaré á los otros. ¡Tomás!... ¡Vicente!... Tampoco. Puede que estén en la cocina cenando... y cuando cenan tampoco contestan. Lo mismo hago yo. Vamos á la cocina y si están cenando, ceno yo, que también soy hijo de Dios. Y si no cenan busco un mendrugo. Aunque en esta casa ahora no sobran muchos mendrugos. De todas maneras en la cocina es donde mejor se está. (Sale por la izquierda segundo término. Pausa: silencio: chirrido de una carreta: ruidos del campo. A lo lejos la campana del Angelus.)

ESCENA II

ANTONIA por el fondo; después, BLAS

ANT. — Dios nos dé buenas noches... ¿Se puede? (Desde la puerta.) ¡Rafaela!... ¡Señora Rafaela! No está; estará como siempre, en el cementerio rezando..! Va dos y tres veces al día... y va de noche... ¡pobre mujer!... no ha quedado muy bien de la cabeza. (Llamando a gritos.) ¡Tomás, Vicente!... ¿Os habéis muerto todos?...

BLAS — (Aparece de pronto en la puerta de la cocina, comiendo un mendrugo.) ¿Quién habla de los muertos?... ¿Quién me llama? (Antonia retrocede asustada.)

ANT. — ¡Jesús!... ¡Virgen Santísima!... ¡Si yo no llamo á nadie.

BLAS — Pues, ¿para qué dabas esos gritos?... ¿Quién eres tú?... ¡Ah, eres Antonia!

ANT. — ¡Toma... eres Blas!... Bestia, ¿para qué me das esos sustos?

BLAS — Yo no doy sustos á nadie. La casa es la que da un susto al miedo. No hay nadie, ni que-

da nada... allá dentro. ¡Este mendrugo que tiene lo menos ocho días!... Pero ya verá él... ya verá él... (Mordiéndolo.)

ANT. De modo que en la casa no hay nadie.

BLAS ¡Qué bestia eres!... ¡más bestia que yo! ¿Cómo no ha de haber nadie en la casa si estamos nosotros?

ANT. Yo digo de aquellos.

BLAS De aquellos... ninguno... ¡*ni tanto así*!

ANT. Pues yo tengo que decirle algo á Rafaela... y de mucho interés.

BLAS Y yo también... de eso, de interés ó de intereses... de parte del procurador don Roque.

ANT. Entonces, casi venimos á lo mismo.

BLAS Puede ser. Pero, vamos, no están. Estarán en el cementerio.

ANT. ¡Pobre Rafaela... se va quedando sin hijos!

BLAS Más pobre soy yo, que no tengo ninguno: haz cuenta que he tenido muchos y que todos se me han muerto.

ANT. ¡Cállate, bestia! Y dí, ¿á qué venías?

BLAS Vengo de parte del procurador don Roque, que me dijo, que dice: «anda ves y dile á la señora Rafaela, que pasado mañana vence el pago de la hipoteca». Conque he venido y no se lo puedo decir, porque está en el camposanto, y al camposanto yo no voy... ¡que hay malos encuentros!

ANT. Entonces á lo mismo venimos los dos; pero al contrario. ¿Vas entendiendo?

BLAS No.

ANT. Pues oye; una persona... que tú no conoces... muy rica y muy buena, que ha venido hace poco, y que para aquí cerca, donde á tí no te importa, me ha dicho: corre Antonia y dile á la señora Rafaela, que no se apure por lo que le debe al señor procurador, que yo se lo pago hoy mismo, ¡y en paz! Y lo suyo (lo de la señora Rafaela) queda por suyo. Y lo del usurero queda por él aunque no sea suyo.

BLAS Lo que yo digo es... que *á esa persona... ó lo que sea...* yo la he visto.

ANT. ¿Y dónde la viste?

BLAS Aquí. (Acercándose y con misterio.)

ANT. ¿Qué estás diciendo?

BLAS Que la ví entrar aquí mismo, ya muy tarde.

ANT. ¿A quién?

BLAS *A esa...* que te envía, que debe ser el demonio. Que den *dinero* no hay más que el *demonio* y *los usureros*; y con su cuenta y razón. Los cristianos ni por un Cristo dan dinero.

ANT. Pero, ¿qué disparates estás diciendo?

BLAS ¿Tú quieres saber lo que pasó?

ANT. Ya lo creo.

BLAS Pues oye, que á tí te lo cuento todo. La otra noche venía yo por la Cruz del molino, miré hacia delante y ví *una figura negra.* ¿Quién será, quién no será? y la seguí, que por eso no se pierde nada. ¿Y á dónde fué á parar? ¿Lo sabes tú?

ANT. No.

BLAS Pues vino aquí. Y llamó á esa puerta. ¿Qué tal? Y llamó hasta *tres veces* ¡tres veces! El demonio llama siempre tres veces.

ANT. Eso es verdad.

BLAS En fin le abrieron y entró.

ANT. ¿Y qué más?

BLAS Silencio y luego gritos. Y así estuvieron un rato. Luego abrieron el postigo, que yo tuve que echarme á un lado. Y aparecieron en el postigo Rafaela y la figura negra. ¡Rafaela la llevaba cogida, y estaba que daba miedo! Le caían las greñas, le caían las lágrimas, se le caía la boca ¡toda ella se derribaba! «¡Ven, decía: ven á donde están enterrados Pedro y Pacorro, para que me lo jures allí, que es verdad todo eso! ¡Ven, maldita!» ¡Rafaela estaba de remate! ¡Y el bulto negro contestó con una voz *muy honda*! «iré y juraré». ¿Qué te parece?

ANT. ¿Y tú no fuiste?

BLAS ¿Al camposanto? No: me da miedo. ¡Andan las ánimas algunas noches desatinadas!

ANT. Pues yo sé lo que es todo eso.

BLAS ¿Tú conoces al demonio?

ANT. No es demonio, es una persona y muy buena.

BLAS ¡Ay, qué cosas! ¿me las contarás?

ANT. Puede. Pero Rafaela tarda mucho. Acompáñame á casa de don Roque y después á otra parte... que está más lejos.

BLAS ¿A casa del demonio?

ANT. Puede.

BLAS Pues no voy.

ANT. Si vienes conmigo.

BLAS ¡Veremos, veremos!... Si me lo cuentas todo... puede.

ANT. Vamos. (Llegan á la puera.)

BLAS Mira, Antonia... ¿no ves?

ANT. No.

BLAS Por la carretera á lo lejos... viene un hombre.

ANT. Pues déjale que venga.

BLAS Ya le dejo... ya... no es de la tierra: no trae vestimenta de la tierra.

ANT. ¡Anda!

BLAS Voy... voy... ¡Jesús y qué cosas! (Salen los dos.)

ESCENA III

RAFAEL. Se le ve venir por la carretera, que está iluminada por la luna, y acercarse, acercarse... y llegar á la puerta. En ella se detiene

Todo obscuro y parece que no hay nadie. ¡Ea! adentro! (Da unos pasos y mira á todas partes.) Nadie... la casa sola... ¡Madre! (En voz baja, algo de miedo) ¡Madre!... ¡Madre! (Más alto.) ¡Soy yo! ¡soy Rafael!... ¡Ni luz!... ¡ni fuego! ¡ni persona humana!... ¡La casa sola!... (Riendo como para darse ánimos) Bien justifico mi apellido. ¿Cónde estarán? (Acercándose á la derecha.) ¡Este era mi cuarto! (Abre la puerta y mira hacia dentro maquinalmente.) ¡Mi cuarto!... (Se retira y deja la puerta entreabierta. Andando casi á tientas se dirige á la izquierda, pero no abre la puerta: se detiene.) Este cuarto era el de mi padre!... (Va á abrirlo pero se detiene.) ¿Para qué? Estará solo. (Pausa.) ¡Será que me voy volviendo nervioso! No estoy á gusto. Y estoy cansado. (A tientas casi busca una silla y se deja caer.) Esperaré. Ellos han de volver. Pero

no quisiera que volviesen mis hermanos. Mi madre, sí. Es muy buena y me quiere mucho... y comprenderá las circunstancias. Y sobre todo me quiere. Todo esto es desagradable y triste. Hay cosas que se explican dificilmente á quien por su educación... escasa, no puede comprenderlas. ¡Eh! (Levantándose.) ¿Quién?... ¿viene alguien? No: el viento. (Pausa. Vuelve a sentarse en otro sitio.) ¡Qué locura! ¡Pensé que era Carmen! (Riendo con risa forzada.) ¡Qué locura, y qué mujer! No aprende... no se educa. ¡Qué princesa, señor! Se empeñó en perseguirme... En Madrid me hacía espiar y me la encontraba en todas partes: en los salones, en los paseos, en los teatros ¡Qué caprichosa! qué romántica, y qué ridícula; ¡símbolo de un mundo que acaba! (Pausa. Riendo.) ¡*Siempre de negro*! Se acercaba, me saludaba y en voz baja me decía: «Traigo el luto que tú debías llevar por tu padre y tu hermano.» ¡Qué mujer! ¡quiere ser trágica y es grotesca! Pero al fin concluye por molestarme. (Pausa.) Otras veces, con voz siniestra: «Me encuentras en todas partes, porque soy tu *remordimiento* » (Ahuecando la voz.) Decididamente ridícula. ¡El remordimiento! ¡Atavismos de cosas que acaso fueron útiles, que ya no lo son! ¡Pobre mujer! (Con burla. Pausa larga.) Nada... que no viene nadie. (Se levanta y da unos pasos y se asoma á la puerta. Volviendo al centro y sentándose en otro sitio.) ¡Pero terca! Terca! Carmen es muy terca; tan terca como fué hermosa. Me espió y venía en el tren conmigo. En el reservado de señoras. Pero yo la ví. ¿Era ella ó era mi remordimiento, como ella dice? (Riendo) Por si acaso, en una estación intermedia me bajé; y allá que el tren se la llevase á todo vapor. ¡Qué chasco! (Riendo.) He pasado cuatro días en esos pueblecillos y esta noche vengo, y mañana, después de hablar con mi madre... á Madrid! ¡Allí se respira! ¡aquí no! ¡Todo negro, silencioso, pobre, incómodo! (Revolviéndose en la silla de madera.) ¡Fuera, fuera! ¡Lejos, lejos!

para siempre! Se le da á mi madre para que viva bien y sin apuros... y con desahogo... y cómodamente... ¡pobrecilla!... y cuenta nueva. Lo pasado... pasó. ¿Qué falta nos hace lo pasado? ¡El porvenir! ¡el porvenir!... que no se ha hecho para los necios, ni para los cobardes... ni para los escupulosos... ni sobre todopara los débiles. Parece que oigo pasos... ¿vendrán ya... será mi madre?

ESCENA IV

RAFAEL. CARMEN, que se detiene en la puerta. Su figura negra se destaca en el fondo azul y relativamente claro del cielo

RAFAEL ¡Madre! (Yendo hacia Carmen.)

CAR. Soy yo.

RAFAEL ¡Carmen!... Es ya locura, tu afán en perseguirme. Voy cansándome; te lo juro. (Con enojo algo violento.)

CAR. Yo, no.

RAFAEL (Procurando tomar el tono irónico.) Tendré que pedir á tu príncipe, que me proteja.

CAR. El es muy bueno.

RAFAEL Ya se conoce. ¿Y para qué me sigues con esa terquedad?

CAR. No te he seguido. He venido delante, por que quería hablar con tu madre, antes deque tú llegases. Las mozas del pueblo somos chismosas.

RAFAEL ¿Y has hablado con ella?

CAR. Sí: la otra noche. Vine como alma en pena y llamé á esa puerta.

RAFAEL ¿Y qué le contaste?

CAR. Todo: lo que eres, lo que quieres ser, lo que hiciste comigo, lo que pretendes hacer con ella, ahora que no te sirve.

RAFAEL ¿Qué quiero yo hacer?

CAR. Darle una limosna y prescindir de ella como si no existiese. Apartarte de tu familia como de apestados.

RAFAEL ¿Y te creyó?

CAR. No me creía; pero juré allá, (Extendiendo el brazo hacia fuera.) ante dos cruces y dos montones de tierra.

RAFAEL ¿Y entonces te creyó?

CAR. No sé. Estas cosas no se creen de una vez.

RAFAEL ¿Y ahora me dejarás tranquilo?

CAR. (Riendo.) ¿Qué pregunta? Si yo no soy Carmen: si yo soy tu remordimiento. ¿No es esto lo que hemos convenido?

RAFAEL ¡Melodrama á la antigua usanza, pobre Carmen! «¡El gusano que roe la conciencia! las noches de tortura!»... ¡arsenal carcomido del viejo romanticismo! Te lo he dicho y no te corriges. ¿Quieres que hablemos formalmenmente, fríamente, como personas sensatas, y por última vez?

CAR. Como tú quieras, pero por última vez, no.

RAFAEL Eres un ser muy original. Yo creo que estás todavía enamorada de mí.

CAR. ¡Rafael!

RAFAEL ¿Toqué en la llaga?

CAR. No es difícil. La herida fué tan ancha y tan profunda... ¡Todo el corazón me cogía... pero ya es cicatriz! (Tristemente.)

RAFAEL Tanto mejor. Me alegro por tí. Porque yo todavía te quiero... á mi manera. ¿Conque hablamos formalmente?

CAR. Sí. Tengo curiosidad por ver qué es eso que tú llamas «hablar formalmente».

RAFAEL Pues sentémonos. (Se sientan.) Nadie nos oye... y aquí en la oscuridad nadie nos ve... casi no nos vemos. Yo me creo solo... como tantas noches, cuando no tengo sueño y me siento en la cama y hablo conmigo mismo. Y hago confesión general y examen de conciencia, porque á mi modo yo tengo conciencia.

CAR. ¿Sí? ¡Cosa más inesperada!

RAFAEL Sí: puedes creerme. Vamos á ver, ¿qué soy yo? ¿Un malvado? ¿un ser que hace el mal por amor al mal? ¿Una de esas creaciones siniestras del viejo romanticismo? No. Yo soy, ante todo, ¡un ser fuerte!... *Como estoy solo*, puedo confesarme á mí mismo *mis ex-*

celencias, sin miedo á que me juzgue nadie vanidoso. ¡De otro modo: soy un hombre á la moderna! El representante, en mi modesta esfera, ya ves que hasta soy modesto, de la nueva generación. No soy romántico, no soy idealista, no tengo ninguna de las debilidades verdaderamente femeninas que tan naturales son en los seres débiles.

CAR. Todo eso se dice con una palabra: eres un *egoista* repugnante.

RAFAEL Naturalmente, salvo lo de repugnante. El egoísmo es el sentimiento universal: son egoístas los individuos, y los pueblos, las regiones y las razas. En la eterna lucha para existir y progresar, es preciso ser egoísta. ¡La abnegación universal es la anulación universal! ¡Si todos nos sacrificamos por todos, no queda nadie! ¡La abnegación absoluta es para morirse de risa!

CAR. De llanto no morirás tú.

RAFAEL Lloré una vez.

CAR. ¡Y bien aprovechaste tus lágrimas! ¿Fueron verdaderas ó fingidas?

RAFAEL ¡Qué te importa! (Pensativo.) Déjame seguir.

CAR. Sigue: mientras vuelve tu madre acaba de explicarme lo que tú eres.

RAFAEL Hace mucho tiempo que se ha dicho: la lucha es la ley suprema de la naturaleza. La lucha no para destruir, sino para que prevalezca *lo mejor*. Ves tú cómo yo también tengo mi moralidad.

CAR. Para tu uso.

RAFAEL ¡No, que sería para uso del vecino! Y así todo eso de amor, sacrificio, ternura, recuerdo, son palabras que hincha la poesía; pero la poesía pierde aliento, se deshinchan las telas y quedan andrajos. Hoy de nada de eso queda nada, Carmencita.

CAR. Y del sentimiento de gratitud, ¿queda algo?

RAFAEL ¿Dónde la encuentras? Verdad es que nunca, ni en la época del romanticismo se abusó mucho de ella. ¡Gratitud! en los individuos... algunas veces, muy pocas, por excepción.

CAR. Tú no eres una excepción en alardes de gratitud.

RAFAEL No; porque la creo infantil, funesta, y si se exagera, ridícula. Todas esas sensiblerías son defensas de los seres débiles contra los seres fuertes; pero los seres fuertes de ellas prescinden. ¿Cuándo una nación fuerte ha mostrado gratitud á otra débil aún debiéndole su existencia? ¿Cuándo una región ha tenido recuerdos de gratitud, si ha creído que le convenía separarse de otras regiones, ó que podía dominarlas, aun habiendo fabricado su grandeza con el sacrificio de las demás? ¿Cuándo las masas humanas se han mostrado agradecidas para sus bienhechores, sus héroes ó sus mártires? ¡En todo caso, y por regla general, *después de muertos*! (Riendo con sarcasmo.) Y eso por vanidad, como quien dice: ¡yo soy de esos!

CAR. ¿Vas á decir todo eso en tus discursos?

RAFAEL No: eso lo digo aquí. Es mi *moral interna*

CAR. ¡*Tu moral interna*!

RAFAEL Yo soy fuerte, ¿por qué he de tener la moral de los débiles? La moral de los grandes hombres, como Alejandro, César, Napoleón, no puede ser la de los patanes.

CAR. ¿Y tú te cuentas entre los grandes hombres?

RAFAEL No digo tanto. Pero aplico la misma regla en mi esfera propia y si tú quieres modestísima. (Riendo. Ya en serio y con cierta pasión.) Yo no puedo vivir en esta casa, rozarme con estas mezquindades, ahogarme en estas miserias. ¡Vegetar como mata de col entre seres vulgares!

CAR. Entre esos seres está tu madre. ¿Es también para tí un ser vulgar, mezquino, despreciable? ¿Qué piensas de tu madre? ¿Qué sientes por ella?

RAFAEL ¡Qué pesada y qué molesta y qué imprudente eres! (Con enojo)

CAR. Responde.

RAFAEL Sí... yo la quiero... Esta palabra «¡madre!» ha hecho vibrar, durante miles y miles de años, las fibras del ser humano con estre-

mecimientos de ternura y es natural que yo participe de la herencia común

CAR. Pero, en suma, el amor á tu madre, ¿es algo así como un residuo atávico de que tú procurarás corregirte?

RAFAEL ¡Estamos hablando en general! ¿Para qué hemos de hablar de mi pobre madre? Si continúas con tus necedades, me levanto y me voy y la espero allá fuera.

CAR. Pues no hablemos de los tuyos. Cuando vuelva, con ella hablarás.

RAFAEL (Sombrío.) Mejor es eso.

CAR. ¿Quieres que hablemos de mí y de lo que conmigo hiciste?

RAFAEL (Sonriendo.) Eso sí. (Como á quien le quitan un peso.)

CAR. Pues para ganar tiempo hablemos de nuestra aventura amorosa.

RAFAEL ¿Y qué?

CAR. ¿No te portaste conmigo como un infame?

RAFAEL ¡Yo!... ¡Pues puedes quejarte de mí! ¿A quién le debes tu posición actual, tu nombre ilustre, tus riquezas, el amor del príncipe, tu porvenir y tu felicidad, sino á mí? ¿A Rafael?

CAR. (Con asombro ante tanto cinismo.) ¿A tí te debo todo eso?

RAFAEL ¿Quién te sacó de este rincón miserable en que tu hermosura y tu ingenio hubieran acabado en la prosa de esos terruños y en la ruindad de esos patanes? ¡Ser la esposa... ¡la hembra! de un campesino idiota y brutal! ¡Ser la engendradora de una docena de chiquillos sucios y bestias como el padre! ¡Y llegar á vieja cargada de grasa, de arrugas antiestéticas y con el entendimiento atrofiado entre emanaciones de miseria! ¡Ese era tu porvenir, eso te esperaba! ¡Y yo con generoso aliento y amorosa simpatía te saqué de este lodazal, te puse en plena luz, te llevé á París... y eres lo que eres! ¡Conque habla de gratitud! ¡Ingratitud mayor no la encuentro en todo tu repertorio romántico!

CAR. ¿Todo eso es ironía, escarnio, cinismo, ó es que lo piensas como lo dices? ¡Porque yo,

francamente, dudo de todo! Y no sé si eres un malvado ó un pobre diablo, á quien unas cuantas lecturas han trastornado el cerebro.

RAFAEL Mis teorías forman una pieza. Te las aplico á tí, como me las aplico á mí. A tu modo, dentro de la debilidad femenina, tú también eres fuerte. Tu hermosura, tu talento, tu osadía, hasta tu carácter vengativo, son otras tantas fuerzas para la lucha social. (Pausa.) ¿Estás convencida?

CAR. No. Abrumada, sí.

RAFAEL ¿Y me vas á dejar tranquilo?

CAR. Nunca.

RAFAEL Bueno. Me entretienes y ofreces ocasión á mis monólogos de convertirse en diálogos. (Afectando indiferencia.)

CAR. ¿Es que te da miedo quedarte á solas contigo mismo?

RAFAEL No. Soy sincero conmigo. No me engaño con hipocresía interna. Sé lo que valgo y lo que no valgo. Tengo algunas ideas que creo buenas, y procuraré realizarlas separando lo que estorba.

CAR. ¿De modo que te crees un ser superior?

RAFAEL Superior á los que me rodean, sí.

CAR. Y según esto, ¿por tí deben ellos sacrificarse?

RAFAEL Naturalmente.

CAR. ¿Y tú no te acordarás más de ellos?

RAFAEL Les haré el bien que pueda; pero...

CAR. Desde lejos.

RAFAEL ¿Para qué hemos de estar cerca, si todo nos separa?

CAR. ¿Y si tu hermano Pacorro hubiese llegado á general, como el pobre soñaba?

RAFAEL ¡Ah! Entonces se hubieran estrechado entre él y yo los lazos de familia; porque hubiera demostrado que era un ser fuerte. Y entre los seres fuertes hay confederaciones posibles y *útiles*. (Riendo) ¿Pero qué hago yo con llevar á Madrid á mis hermanos y á mi pobre madre? Vergüenza para ellos... estorbo para mí...

CAR. La palabra no es muy piadosa.

RAFAEL La realidad no lo fué nunca, y la realidad se impone.

CAR. ¿Y el desengaño y el dolor que les causes? ¿Y tu madre?...

RAFAEL Sin hablar de mi madre... de ella no hablemos. Pero en términos generales, has de saber que todo dolor necesario para algo grande, es conveniente, y hasta santo, según tu vocabulario. Todo dolor inútil... es criminal.

CAR. ¿Y el dolor de tu familia?...

RAFAEL Ha sido y es necesario para que yo sea... lo que quiero ser...

CAR. ¡Oye... creo que viene!... (Se levanta y va á la puerta.) Tu madre. Sí, viene entre tus hermanos, que la sostienen. (Por la puerta y á lo lejos por la carretera se les ve llegar.)

RAFAEL ¡Pobre madre!... (Asomándose á la puerta.) A estas horas ¿de dónde vendrá?

CAR. Del Camposanto de rezar por tu padre y Pacorro. ¡Qué despacio vienen!

RAFAEL (Impaciente.) Muy despacio.

CAR. Ellos á pie: tú en locomotora.

RAFAEL ¿Pues cómo hemos de marchar unidos?

CAR. ¿Vas á decirle todo eso á tu madre?

RAFAEL No como á tí. De otro modo. Recuerda lo que te dije: todo dolor inútil es un crimen.

CAR. Ya llegan... no te presentes de pronto: tu madre ha estado muy mala, su cabeza no está firme... á veces divaga...

RAFAEL Tienes razón.

ESCENA V

RAFAEL, CARMEN, RAFAELA, TOMÁS y VICENTE

Carmen se retira al fondo, á la izquierda, queda casi oculta por una de las grandes hojas de la puerta, que abrirán hacia dentro del escenario. Rafael viene hacia su cuerto, á la derecha primer término, y también queda casi oculto por la puerta, que tiene la misma disposición que la de entrada, es decir, abre hacia el escenario. La habitación muy oscura: claridad de la luna en el campo y en la puerta

RAF. (Llega lentamente sostenida por Tomás y Vicente y se detiene al entrar.) Dejadme... dejadme... ¡qué

afán de sostenerme!... ¡Si no lo necesito!... ¡Si puedo ir sola!... sola... ¡Sola... siempre sola!

TOMÁS Madre...

VIC. Vamos, madre...

RAF. Sí: teneis razón. Perdonad. Lo haceis por mi bien. ¡Sois muy buenos: mejor que yo!... ¡Mejor que yo!

TOMÁS ¡Eso sí que no lo consiento!

VIC. ¿Quiere usted callarse?

RAF. ¡Mejor que yo os digo! ¡Y á mí no se me replica! Yo no he sido una buena madre para vosotros. (A Vicente.)

TOMÁS ¡Que tiene usted esa manía... y dale, dale!

VIC. Usted se ha quitado el pan de la boca por nosotros.

VIC. Y si hemos estado enfermos, ¡no hay qué decir! Con la mirada y los cariños nos ha sacado usted la enfermedad del cuerpo.

RAF. ¡Eso no es nada! lo hacen las perras y las marranas y todos los animales. Pero no he sido buena, por más que digais. Con el otro... sí: he sido buena. Pero no lo he sido por igual... (Con excitación.)

TOMÁS Pero fué por el bien de todos. Por eso lo hizo usted. Cuando teníamos, hace mucho, aquella pareja de bueyes, yo le daba de comer más al *Tozudo* porque era el más fuerte y el más tragón: y les quería á los dos lo mismo con todo eso.

RAF. ¡Pero yo le quería más al otro!... ¡Silencio! (Se tapa la boca con las dos manos.) ¡Le quería más! ¡Y á saber cómo me lo pagará!... ¡Esto es lo que no puede ser!... ¡Lo que dice Carmen es mentira!... ¡La mala mujer, la perdida!... ¡Miente, miente!... (Se agarra la cabeza con las dos manos y se arranca el pañuelo de la cabeza con furia, descomponiéndose el pelo.)

TOMÁS ¡Madre, por Dios!

VIC. ¿Qué hace usted, madre? (Acercándose y acariciándola.)

RAF. ¡Nada!... ¡si no hago nada!... ¡si es que me quito el pañuelo... porque tengo calor!... ¡porque me ahogo!... ¡Es que no me puedo quitar el pañuelo sin que os asustéis!...

TOMÁS Bueno: si es eso...

RAF. ¿Sabéis vosotros lo que yo hacía si tuviera dinero? ¿Lo sabéis? Pues me iba á Madrid. Así, así como estoy, que á mí me gustan las cosas claras y prontas.

TOMÁS ¡Vaya una ocurrencia!

VIC. ¡Tiene que ver!... ¡Usted allá!... ¡á esa tierra!...

RAF. Y en llegando pregunto dónde vive don Rafael Casasola... ó el ilustrísimo, porque yo creo que tiene ilustrísima como el obispo... porque eso sí, dice aquella mujer que es malo; pero para estas cosas no hay otro como él, ni con más talento... ¡Rafael!... ¡mi Rafael!... (Rompe á llorar.)

TOMÁS Vamos, madre, no sea usted así.

VIC. ¡Todo el día llorando!...

TOMÁS ¡Que se va usted á matar!

RAF. (Levantándose trágica.) ¡Ojalá!... ¡Allí, entre Pedro y Pacorro, que ya me harán sitio, y esperando que vayais vosotros!... El otro no querrá ir: aquella tierra es muy pobre... y las cruces son dos palitroques; ¡no son para él! ¡no, no son para él!

TOMÁS Vamos, madre, siéntese usted.

RAF. ¡No: estoy bien; pero qué oscuro está todo! ¡Qué más da! más en lo oscuro estarán aquellos.

TOMÁS Vamos, madre, no se aflija; que eso ya no tiene remedio.

RAF. Otras cosas, sí.

VIC. Si no le hubieran ustedes dado aquel dinero á Rafael, el pobre Pacorro...

TOMÁS ¡No se lo recuerdes, hombre!

RAF. ¡Hicimos mal! ¡hicimos mal! ¡Veis cómo he sido muy mala madre!

VIC. ¡No... eso no! ¡Usted no sabía lo que iba á pasar!

RAF. ¡Ay, Virgen Santísima! (Rompe á llorar. Tomás y Vicente la consuelan. Pausa.)

RAFAEL (Acercándose despacio y con temor.) ¡Madre, no llores!

RAF. ¿Quién habla?... ¿Quién me ha dicho que no llore?... ¿Has sido tú, Tomás?

TOMÁS Yo no he dicho nada. Pero sí que he oído... ¿Has sido tú, Vicente?

VIC. ¡Yo!... ¡ni palabra! ¡pero sí que he oído!...

RAF. La voz vino de allá... del cuarto de Rafael. ¿Quién es?... ¿Quién está ahí?

RAFAEL No se asuste, madre... Soy yo... (Avanzando.)

RAF. ¿Quién dices?... ¿Quién?... ¡Ay, mi cabeza!... ¡Sí que veo... sí... allí está!... ¿Eres tú?... ¿Tú?... ¡Ah!... ¡Rafael!

RAFAEL Sí... Rafael... ¡He llegado hace poco y entré en mi cuarto!... ¡Pero no se asuste, madre! (Acercándose, pero con miedo.)

RAF. ¡Rafael!... ¡Rafael!...

RAFAEL ¡Madre!... (Rafaela se precipita hacia él y se abrazan.)

RAF. ¡Mi Rafael!... ¡mi Rafael!... ¿Os convencéis vosotros?... ¡si tenía que venir!... ¡si lo sabía yo!... Aunque dijese lo que dijese aquella mujer mala y vengativa.

VIC. Pues sí que parece cosa del demonio.

TOMÁS ¿De dónde ha salido?

VIC. Dice que de su cuarto. (Rafaela llorando en los brazos de Rafael.)

RAF. (A Tomás y Vicente.) Venid vosotros... que Pacorro ni su padre no pueden venir. Pues los que quedamos... ¡ea!... ¡no quedamos más!... ¿Venís ó no?

TOMÁS (Acercándose de mala gana.) Lo manda madre... que seas bien venido.

VIC. Lo mismo digo. (Se acerca.)

RAFAEL Me alegro mucho de veros. Aunque la verdad es que todavía no os veo.

RAF. Ni yo á tí... Y yo quiero verte la cara. En la cara lo conoceré yo todo... ¡Luz!... ¡traed luz!...

CAR. (Adelantándose.) Yo la traeré.

RAF. ¿Quién está ahí?... ¡Esta noche todas son cosas raras!... ¡Esa es la voz de Carmen!... ¿Estaré yo soñando?... ¿Dónde se escondía esa mujer?

CAR. No me escondía. Aquí estaba. También es casualidad. ¡Yo soy siempre la que trae luz para que se le vea la cara á Rafael! (Sale por la izquierda y va á la cocina.)

RAF. ¡No te marches, Rafael! (Cogiéndole por un brazo. Entra Carmen con una luz y la pone en una mesa que está cerca de Rafael.)

CAR. ¡Mírele usted!... ¡mírele usted!... que durará poco.

RAF. Sí que le miraré. ¡Mírame de frente!... ¡de frente, Rafael!

RAFAEL ¡Madre!...

RAF. ¡Qué guapo... y qué hombre... y qué majo!...

CAR. ¿Y el alma? ¿y el corazón? ¿pregúntele usted, pregúntele usted!...

RAFAEL ¡Carmen, deja tranquila á mi madre! ¡No la atormentes!... ¡Basta!... ¡basta! (Con violencia.)

RAF. ¡Sí, Rafael, defiéndeme de ella!... ¡Cómo me martiriza! ¡No lo sabes bien! ¡Qué cosas dice de tí!... ¡Echala!... ¡Echala!... (Abrazándose á Rafael.)

CAR. No; ni él se atreve. Quiero repetir delante de Rafael lo que dije antes de que viniese.

RAF. ¿Para qué?

CAR. Para que se defienda si puede. ¿Qué hizo conmigo? ¿qué hizo con su padre y con Pacorro? ¿Qué piensa hacer con vosotros?

RAF. ¡Rafael, di como yo que todo eso es mentira!

CAR. ¡Pues pregúntele usted! ¡pregúntele usted!

RAFAEL Déjame, déjame.

TOMÁS Tiene razón Carmen. Que explique Rafael lo que ha hecho y lo que piensa hacer.

VIC. Que lo explique.

RAFAEL ¡Desdichados!... ¡qué de locuras!... ¡no quiero oiros! (Se va hacia el fondo. Tomás y Vicente se ponen á la puerta.)

TOMÁS ¡Es que no sales!

VIC. ¡Que no sales!

RAFAEL ¿Quién me lo impide?

TOMÁS ¡Nosotros! (Remangándose las mangas.)

RAF. ¡Pero qué estais diciendo! ¡Que vais á reñir! ¡Virgen Santísima!... ¡los hermanos!...

TOMÁS ¿Es que no quiere usted saber lo que ha hecho Rafael?

VIC. ¡Lo que piensa hacer!

TOMÁS ¿Es que para usted no hay más que Rafael y nosotros no somos nada?

RAF. Pero...

TOMÁS ¡No!

VIC. Prueba.

RAF. (Arrojándose á ellos.) ¡Quietos!... ¡quietos!... ¡y silencio!... ¿Yo no soy nadie? ¡Pues yo lo soy todo!... ¡A ver, á ver... quién no me obedece! (Rafaela coge á Rafael por la mano y le trae á primer término y hace que se siente á su lado.) Ven, hijo, ven. Reñir con tus hermanos no está bien. Y desatender á tu madre no está bien. Todo se puede explicar. Pero, ¡calma... calma... porque si no mi cabeza se va! ¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¡Todo el mundo tiene razón, y entre todos me matan! Ven aquí, ven á mi lado. (Quiere que se siente en el sillón.)

TOMÁS No: hoy no se sienta él ahí... se sienta usted.

RAFAEL ¡Qué más da! (Sentándose en un taburete de madera.)

RAF. Como querais, hijos, como querais. ¡Pero no hay que reñir... *todo* menos reñir!... Vamos, Carmen, ¿qué tenías tú que decir de Rafael?

CAR. Ya se lo dije á usted.

RAF. Repítelo para que él te conteste.

CAR. En dos palabras que usted comprenda. Me engañó con promesa de casamiento: me llevó á Madrid con él y cuando se cansó me echó á la calle. Y para que no tuviera á quien quejarme me llevó á Francia y allí me abandonó.

RAF. ¡Está mal, está mal... hiciste mal, Rafael! Pero hija, los hombres son así, y las mujeres están á defenderse y á no dejarse engañar.

TOMÁS ¿Pero no era tan bueno, madre?

RAF. (Furiosa.) ¡No digo que hizo mal! ¿qué más queréis? ¡Cualquiera de vosotros es capaz de hacer otro tanto! ¡Atiende, Rafael, y óyeme y contesta! ¡Cerca, más cerca, y mírame!

RAFAEL ¡Sí, madre, como usted quiera!

(Rafaela sentada en el sillón; cerca Rafael sentado en un taburete. Carmen sentada ó en pie: los otros dos de pie. Forman todos un círculo estrecho.)

RAF. Yo voy á lo nuestro. Tú allá te entenderás con Carmen. (Con cierto egoísmo.)

CAR. Conmigo ya terminó el pleito. Sólo quise

que supiera usted lo que es Rafael. Lo sabe usted y le disculpa: basta. (se retira un poco.)

RAF. Yo no disculpo esas cosas. Su padre no se hubiera portado así. ¡Su padre!... Y ahora que caigo, ¡no me has dicho nada ni de tu padre ni de tu hermano! ¿No te acuerdas lo que hicieron por tí? ¿Es que allá perdéis todos la memoria? (Con dureza: se va excitando.)

RAFAEL Lo recuerdo y lo agradezco.

RAF. A los muertos no se les agradece nada, ¿qué les importa á ellos? ¡A los muertos se les reza y se les llora!

RAFAEL Sí, madre. Tiene usted razón.

RAF. ¿Y por lo menos has llorado por ellos?

RAFAEL Sí, madre: que lo diga Carmen.

RAF. ¿Qué dices tú? (A Carmen.)

CAR. (Riendo.) Sí, lloró. Y bien le aprovecharon aquellas lágrimas. Por haberlas vertido se casa con la hija del Marqués.

RAF. No lo entiendo: no me importa tampoco. Vamos, vamos á lo nuestro. ¿Qué es lo nuestro?... ¡Ah!... sí. ¿Por qué tan luego como murió tu padre no viniste en seguida?

RAFAEL No lo supe hasta que me lo dijo Carmen. Usted no me avisó... no me escribió ni dos letras.

RAF. ¡Buena estaba yo para escribir!

RAFAEL Pues esos. (Por Vicente y Tomás.)

VIC. ¿Sabemos nosotros escribir? ¡Y para lo que á tí te hubiese importado!

RAF. Cállate, Vicente; lo que haya que decir, lo diré yo.

RAFAEL Lo supe y he venido.

RAF. Bueno. ¿Y no has venido más que á eso? Porque Carmen me dijo que venías á otra cosa.

RAFAEL A darle á usted una buena noticia. Me caso, madre. Me caso si usted me da su permiso. (Carmen ríe fuerte.)

RAF. Calla tú. El chico hace lo que debe, y cuando hace lo que debe no hay que hostigarle. ¿Y con quién te casas?

RAFAEL Una gran boda para mí y para toda la familia. Con la hija del Marqués de Monteneva-

do, inmensamente rico. De modo (A Tomás y Vicente.) que ya pronto podré mandar algún dinero.

RAF. ¡La hija de un Marqués! ¡Anda, anda!... ¡Lo estais viendo!... Pues os digo, que es lo menos que merece mi Rafael. ¿Cómo se llama tu novia?

RAFAEL Leonor.

RAF. ¿Es buena?

RAFAEL Un ángel.

RAF. (Llorando.) Tu padre... ¡pobre Pedro!... ¡te hubiera preguntado *si era guapa*!

RAFAEL ¡Un sol!

RAF. ¿Y la quieres mucho?

TOMÁS ¿Has dicho que es rica?

RAFAEL Millonaria. Algo os tocará á vosotros.

RAF. ¡A Pedro y á Pacorro, no!

RAFAEL Y desempeñaremos estas fincas, que hasta ahora poco dinero he podido mandar.

CAR. Ya están libres las fincas.

RAFAEL ¿Tú?

CAR. Yo. Es natural que le pague á Rafael la buena boda que me ha proporcionado. El no hace nada de balde.

RAF. ¡Déjale en paz! ¡No le hostigues, he dicho! ¿Y cuándo es la boda?

RAFAEL Si usted *lo consiente* dentro de ocho días, en Madrid.

CAR. ¡Pruebe usted á *no consentir*! (Riendo.)

RAF. ¡Calla, calla, maldita! ¡Os digo que no puedo más! La pena, la alegría, las dudas, las cosas que dice Carmen, vuestros pinchazos... (A Tomás y Vicente.) ¡que no puedo más!... Sí, probaré, probaré... (A Carmen.) ¡Ya verás! (Se levanta y se pasea: va hacia la puerta del fondo y llora.)

RAFAEL Cálmese, madre. (Yendo á buscarla.)

RAF. ¿Cuándo has dicho?

RAFAEL Dentro de ocho días.

RAF. ¡Es muy pronto!... ¿Cuánto há que murieron tu padre y tu hermano? ¡No sé... no sé... no me acuerdo! ¿Un mes?... ¡Más!... ¿dos meses?... ¡Más!... ¿Cuatro, cinco?... no sé, no sé.

RAFAEL Ha estado usted mucho tiempo... sin dar cuenta de su persona...

TOMAS ¡Como trastornada!

VIC. ¡Como muerta!... bien puedes decirlo. (A Rafael.)

RAF. Eso será... eso será... Pero además, yo no puedo presentarme en este traje... y no hay tiempo para que me hagan otro. Yo no quièro galas; pero una cosa decente; porque en la boda, esos marqueses estarán muy majos. ¡Yo *todo negro, negro*! ¡Yo no quiero más luz que la de tu alegría! (Abraza y besa á Rafael. En todo esto hay algo de extravío. Pausa. Nadie se atreve á hablar.)

CAR. ¡No se preocupe usted de èso, Rafaela! Son cosas que usted no comprende. Usted no podrá ir á la boda, ni esos tampoco. Rafael no quiere.

RAF. ¿Que Rafael no quiere?... ¿Que él no quiere que yo presencie su boda?

CAR. Rafael... ¿quién sabe?... Pero el Marqués se opone. Ustedes pondrían en ridículo el lujo de su palacio y la nobleza de sus amigos.

RAF. ¡Otra vez!... ¡otra vez!... Calla, calla... ¡Iré yo! ¡Irán esos!... ¡Tu sangre, tu familia, los tuyos, los que por tí se han sacrificado toda la vida! ¡Quien manda soy yo: tu madre! ¡El Marqués, el Marqués! ¿Qué es tuyo el Marqués? Te digo que no me separo de tí. ¡Me quedé sin Pedro y sin Pacorro, y tú me has de rechazar y has de tener vergüenza de mí!... ¡Así dijo esa mala mujer! Pero mintió, mintió. ¡Iré yo, irán esos y yo contigo! ¡Y esos contigo!... ¡y el pueblo nos verá ir contigo! ¡y á esta la echas fuera, fuera; y le escupes la mentira á la cara! (Ya frenética.)

TOMÁS Mire usted, madre, lo mismo digo una cosa que otra. ¿A qué vamos nosotros á Madrid?

VIC. A que se rían de usted y de nosotros. Que él se porte mejor que hasta aquí, que mande algo... y ande con Dios.

TOMÁS ¡No apretemos, no se vaya á descomponer la boda!...

VIC. ¡Que á todos nos conviene!... ¡Hay que mirarlo!

RAF. ¿Qué estais diciendo?... Vosotros sois vos-

otros, ¡yo soy su madre! ¡Responde tú! (A Rafael) ¿Es que no quieres que vaya?

RAFAEL Madre, perdone usted... Usted no ha salido nunca del pueblo... no sabe lo que es el mundo...

RAF. ¿Quieres llevarme? ¿Sí ó no? Responde.

RAFAEL Madre...

RAF. En el día más grande de tu vida, ¿no puede tu madre estar á tu lado?

TOMÁS ¡En eso dice bien! ¡ya no somos nosotros, es ella!

VIC. ¡Y ella es ella!

RAF. ¡Habla claro! ¿Vas á llevarme ó te da vergüenza?

RAFAEL ¡Madre!

RAF. ¿Y no contestas «¡sí!» con un grito que te salga del alma?

RAFAEL ¡Madre!

RAF. Por última vez, contesta: ¡lo mando! ¿Puedo ir? ¡Ah!... dice... ¿qué dice Rafael?... (Volviéndose á todos y preguntando con extravío.)

CAR. Que *no*... ¿No se lo anuncié á usted? ¡Yo puedo presenciar la boda! ¡Estoy invitada! ¡Usted *no*!

RAF. ¡Jesús mío!... ¿Pero no la oyes, Rafael?... ¿Pero es verdad?

RAFAEL ¡Cálmese, madre!... Son cosas que yo no puedo explicar á usted porque no las comprendería. Es una sociedad... una gente... un mundo que usted no conoce, ni sabe como es... ¡Hágase cargo, madre, y no me apure!... ¡Es para evitar que haga usted un mal papel!

RAF. ¿Pero qué mundo es ese, que puede presenciar tu boda... ¡*esa*!... ¡tu querendanga! ¿y *tu madre*, no? (Señalando á Carmen)

RAFAEL ¡Basta, basta!... ¡si continúa usted así me voy... me voy para siempre!

RAF. ¡Ya lo ha dicho... ya lo ha dicho!... ¡Mal hijo, soy tu madre! ¡Para tí, tu madre debe ser tu Dios!

RAFAEL ¡Pierde usted el juicio, madre!

RAF. (Como loca.) Eso quisieras.

RAFAEL ¡No sufro más! ¡Me voy! (Se dirige á la puerta con violencia.)

RAF. No le dejéis salir. (A Tomás y Vicente.)

TOMÁS No sales hasta que madre lo mande.

VIC. ¡Ella manda!

RAFAEL Paso. (Sale y empieza a alejarse.)

TOMÁS Vamos tras él.

RAF. ¡No... no le alcanzaríais... Yo sí! (Levantando los brazos y a gritos.) ¡Hijo de mala madre, maldito seas!... ¡Maldito!... ¡Maldito! (Vuelve vacilando á la escena.)

RAFAEL (Volviendo aterrado.) ¡No!... ¡eso no!... ¡eso no!

RAF. (Riendo.) ¡Le alcancé! ¡Veis cómo le alcancé!...

TOMÁS (En voz baja á Rafael.) ¡Dile que volverás aunque sea mentira!

RAFAEL ¡Madre! (Abrazándola.)

RAF. ¿Volverás?

RAFAEL Sí.

RAF. ¿Y me llevarás contigo?

RAFAEL Sí.

RAF. Bueno. ¡Adiós!

RAFAEL ¡Adiós! (Sale lentamente y volviéndose varias veces á ver á su madre desde lejos. Se acerca Carmen á Rafaela.)

RAF. ¿Volverá ó me engaña?

CAR. Si alguien puede hacerle volver soy yo.

RAF. (Que no está en sí.) ¿Quién eres tú?... ¡No sé... no me acuerdo!

CAR. El dice que soy su *remordimiento*. Adiós, Rafaela. (Sale tras Rafael.)

RAF. ¡Sí... tráele... tráele!... y vosotros (A Tomás y Vicente.) abrid esa puerta, (La del cuarto de Rafael.) para cuando vuelva. ¡Que esa y yo le haremos venir! Ella le trae y yo le llamo. ¡Eso es, eso es! ¡Ella... y yo! .. ¡Rafael!... ¡Rafael!... (Gritando.) ¡Ven, hijo, ven; te llama tu madre!... ¡Rafael... que nadie te llama como yo!... ¡Rafael!... ¡Rafael!... (Cae con las fuerzas agotadas: la recogen en la puerta del cuarto de Rafael Tomás y Vicente. En el fondo, en la faja de luz que forma la carretera, va Rafael lentamente: detrás la figura negra de Carmen siguiéndole. En primer término, sin sentido, Rafaela sostenida por Tomás y Vicente. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO Y DE LA OBRA

OBRAS DE D. JOSE ECHEGARAY

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.

La esposa del vengador, drama en tres actos original y en verso.

La última noche, drama en tres actos y un epílogo original y en verso.

En el puño de la espada, drama trágico en tres actos original y en verso.

Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto original y en verso.

Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogía.)

El gladiador de Rávena, tragedia en un acto y en verso. (Imitación.)

O locura ó santidad, drama en tres actos original y en prosa.

Iris de paz, comedia en un acto original y en verso.

Para tal culpa tal pena, drama en dos actos original y en verso.

Lo que no puede decirse, drama en tres actos original y en prosa. (Segunda parte de la trilogía.)

En el pilar y en la cruz, drama en tres actos original y en verso.

Correr en pos de un ideal, comedia original en tres actos y en verso.

Algunas veces aquí, drama en tres actos y en prosa.

Morir por no despertar, leyenda dramática original en un acto y en verso.

En el seno de la muerte, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo XVI original en un acto y en verso.

Mar sin orillas, drama original en tres actos y en verso.

La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.

El gran Galeoto, drama original en tres actos y en verso precedido de un diálogo en prosa.

Haroldo el Normando, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogía.)

Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.

Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.

Piensa mal... ¿y acertarás? casi proverbio en tres actos y en verso.

La peste de Otranto, drama original en tres actos y en verso

Vida alegre y muerte triste, drama original en tres actos y en verso.

El bandido Lisandro, estudio dramático en tres cuadros y en prosa.

De mala raza, drama en tres actos y en prosa.

Dos fanatismos, drama en tres actos y en prosa.

El conde Lotario, drama en un acto y en verso.

La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.

El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.

Lo sublime en lo vulgar, drama en tres actos y en verso.

Manantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.

Los rígidos, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo exposición en prosa.

Siempre en ridículo, drama en tres actos y en prosa.

El prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.

Irene de Otranto, ópera en tres actos y en verso.

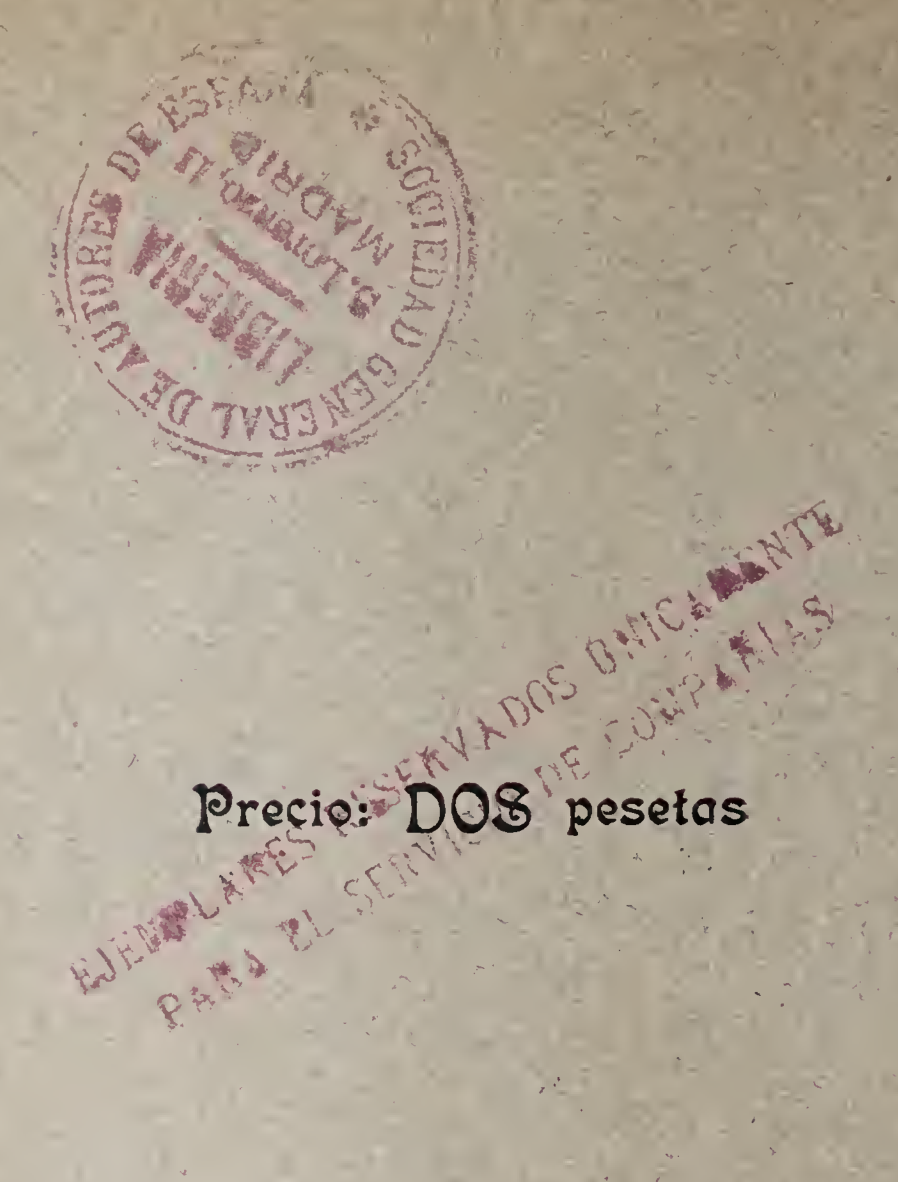
Un crítico incipiente, capricho cómico en tres actos y en prosa.

Comedia sin desenlace, estudio cómico-político en tres actos y en prosa.

El hijo de Don Juan, drama original, en tres actos y en prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere.*

Sic vos non vobis ó la última limosna, comedia rústica original en tres actos y en prosa.

Mariana, drama original en tres actos y un epílogo en prosa.
El poder de la impotencia, drama en tres actos y en prosa.
A la orilla del mar, comedia en tres actos y un epílogo en prosa.
La rencorosa, comedia en tres actos y en prosa.
María-Rosa, drama trágico de costumbres populares en tres actos y en prosa. (Traducción.)
Mancha que limpia, drama trágico en cuatro actos y en prosa.
El primer acto de un drama, cuadro dramático en verso.
El estigma, drama en tres actos y en prosa.
La cantante callejera, apropósito lírico en un cuadro y en prosa.
Amor salvaje, bosquejo dramático en tres actos original y en prosa.
Semíramis ó la hija del aire, (refundición). Drama en tres jornadas y en verso.
Tierra baja, drama en tres actos y en prosa. (Traducción.)
La calumnia por castigo, drama en prosa en tres actos y un prólogo.
La duda, drama original en tres actos y en prosa.
El hombre negro, drama original, en tres actos y en prosa.
Silencio de muerte, drama original en tres actos y en prosa.
El loco Dios, drama original en cuatro actos y en prosa.
Malas herencias, drama original en tres actos y en prosa.
La escalinata de un trono, drama trágico original en cuatro actos y en verso.
La desequilibrada, drama original en cuatro actos y en prosa.
A fuerza de arrastrarse, farsa cómica, original, en un prólogo y tres actos, en prosa
Entre dolora y cuento, monólogo.
El moderno Endymión, ídem.
El canto de la Sirena, ídem.
El preferido y los cenicientos, drama vulgar ó escenas de familia, en un prólogo y dos actos, por Librado Ezguieura.



Precio: DOS pesetas